

# *CLAUDIO PÍO, FUERTE Y FIEL GOVERNADOR DE PORTUGAL: EL DUX CLAUDIO DE MÉRIDA EN LA HISTORIOGRAFÍA Y PUBLICÍSTICA HISPANAS DE LA ALTA MODERNIDAD*<sup>1</sup>

Roberto QUIRÓS ROSADO<sup>2</sup>

## *RESUMEN*

La importancia de la Antigüedad hispánica durante la Alta Edad Moderna puede observarse en una pequeña obra de teatro jesuita publicada en Bruselas en 1665: *Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal, en nombre del católico Recaredo, rey de España*. La vida del hispanorromano *dux* Claudio de Mérida, fiel servidor del soberano visigodo Recaredo, se convierte en fuente de inspiración no sólo para el escritor de la pieza teatral, sino también para diversos autores humanistas y barrocos que formarán con ello discursos y reflexiones encuadradas en la tratadística sobre la vigencia política de la Monarquía Católica y la *Restauração* de Portugal.

**PALABRAS CLAVE:** Claudio de Mérida, Tardía Antigüedad, Alta Modernidad, propaganda, historiografía, teatro jesuita, fidalgos, Portugal.

---

<sup>1</sup> El presente artículo se corresponde a una versión ampliada de la comunicación libre presentada por el autor, en el VII Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos: “Toga y Daga: teoría y praxis de la política en Roma”, celebrado en Madrid los días 25 y 26 de noviembre de 2009. Deseo expresar mi agradecimiento al Catedrático Dr. D. Fernando J. Bouza Álvarez (Universidad Complutense de Madrid), al Dr. D. Santiago Martínez Hernández (Universidade Nova de Lisboa), al Profesor Dr. Federico Palomo (Universidad Complutense Madrid) y al Profesor Dr. René Vermeir (Universiteit Gent) por sus constructivas apreciaciones e indicaciones bibliográficas para la elaboración de este estudio.

<sup>2</sup> Becario de posgrado. Universidad Autónoma de Madrid.

## ABSTRACT

The importance of Hispanic Antiquity during Early Modernity can observe into a small dramatic jesuitic play published in Brussels in 1665: *Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal, en nombre del cathólico Recaredo, rey de España*. The life of Hispanorroman *dux* Claudius of Mérida, loyal servant of Visigothic king Reccaredus, turns into an inspiration source by the play's writer and other Humanistic and Baroque authors who will make with that plot several discourses and reflections about the political validity of Catholic Monarchy and Portuguese *Restauração*.

**KEY WORDS:** Claudius of Mérida, Late Antiquity, Early Modernity, propaganda, historiography, jesuitic theater, fidalgos, Portugal.

\* \* \* \* \*

En las postrimerías de su vida, Francisco de Moura y Corte-Real, marqués de Castelo Rodrigo, elevaba a Carlos II de España, todavía tutelado por la reina viuda Mariana de Austria, un breve memorial en que recordaba “por mayor los servicios que mis padres, abuelos y yo hemos hecho a los de Vuestra Magestad, por los cuales hemos merecido ocupar los mayores puestos en la Monarquía, obrando en ellos con la satisfacción notoria al mundo”<sup>3</sup>. En el escrito, don Francisco hacía cuenta de las desgracias que su linaje había sufrido tras la sublevación portuguesa de diciembre de 1640, suceso que provocaría la progresiva desnaturalización de su persona y casa —si bien, contra su voluntad— respecto al reino luso<sup>4</sup>. La razón directa de todo ello provenía de la lealtad que los Moura mantuvieron a la causa de

<sup>3</sup> Biblioteca de la Real Academia de la Historia (RAH), Colección Salazar y Castro, U-6, ff. 274r-275v; MOURA Y CORTE-REAL, F. de (III marqués de Castelo Rodrigo): Papel del marqués de Castel Rodrigo al Rey nuestro Señor [Madrid, 22-XI-1675]. En el memorial, don Francisco pedía al soberano “que continuara en mis herederos, y en particular en mi hija, la condesa de Lumiares, y en su marido, el conde, las honrras y mercedes que hasta ahora hemos recibido de sus gloriosos progenitores de Vuestra Magestad”, petición que sería atendida por el soberano al nombrar a Aniello de Guzmán, IV marqués de Castelo Rodrigo, para el importante puesto de virrey de Sicilia en 1676; sobre la actuación del virrey Castelo Rodrigo en el gobierno de Sicilia, vid. RIBOT, L., *La Monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*, Madrid, 2002, p. 98 y ss.

<sup>4</sup> MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S.: “Fineza, lealtad y zelo”. Estrategias de legitimación y ascenso de la nobleza lusitana en la Monarquía Hispánica: los Marqueses de Castelo Rodrigo (1582-1675)”, en RIVERO RODRÍGUEZ, M. (Coord.): *Nobleza Hispana, Nobleza Cristiana*, vol. II, Madrid, 2009, pp. 913-960.

los monarcas habsbúrgicos frente a otros *fidalgos* portugueses que no vacilaron en sostener a dom João de Bragança y a sus sucesores como legítimos reyes de Portugal.

La fidelidad demostrada por los marqueses de Castelo Rodrigo hacia Felipe IV y, tras su deceso en 1665, a Carlos II sería recompensada con diversas mercedes y cargos de responsabilidad tanto en la Corte como en la administración virreinal y la diplomacia. No cabe duda que tras la munificencia regia se encontraban sendos programas de captación de las élites nobiliarias portuguesas y de proyección propagandística destinados a la reintegración del “rebelde” reino lusitano a su verdadero dueño y señor<sup>5</sup>. Familias como los Moura, Mascarenhas, Mello, Alemcastre, Ataíde y Noronha, ampliamente promocionadas por los soberanos austriacos al exiliarse en Castilla tras el *annus horribilis* de 1640, se mostraban a la opinión pública como partícipes de la continuidad de los principios políticos y dinásticos de los acuerdos de Tomar, que habían elevado al trono portugués a Felipe II de España, a la par que hacían lo posible por mantener su prestigio cortesano en aras de competir con el resto de la aristocracia palatina por hacerse un espacio en la confianza del monarca, pese a las continuas muestras de lusofobia que se hicieron ver en la Corte madrileña durante las décadas centrales del siglo XVII.

Las peculiaridades de estos *fidalgos* portugueses exilados escapan al espacio del presente artículo, pero sirven para situar y contextualizar histórica y cronológicamente una obrita teatral de la que sólo ha llegado hasta nuestros días una suelta impresa: *Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal, en nombre del católico Recaredo, rey de España* (Bruselas, 1665). Su calidad literaria le habría hecho pasar a los anaqueles del olvido de la filología y la historia de la literatura, pero dos elementos han motivado su análisis: temática y dedicatoria. Así pues, la pieza de teatro que se estudiará en este texto —si bien antes se hará un amplio repaso historiográfico al asunto propuesto— permitirá evocar los procesos de creación de una determinada memoria política y la persistente validez del recurso y tergiversación de la historia de la Tardía Antigüedad al servicio de planteamientos políticos eminentemente modernos, abriendo con ello un nuevo capítulo en la historia de la publicística hispánica de la segunda mitad del siglo XVII.

---

<sup>5</sup> Sobre este asunto, véanse, entre otros estudios monográficos, los de BOUZA, F.: “Entre dos reinos, una patria rebelde. Fidalgos portugueses en la Monarquía Hispánica después de 1640”, *Estudis*, 20 (1994), pp. 83-103; y VALLADARES, R.: *Felipe IV y la Restauración de Portugal*, Málaga, 1994, pp. 180-199.

“De la antigua sangre de los romanos”. *El dux Claudio de Mérida en la historiografía y literatura ibéricas de la Alta Modernidad*<sup>6</sup>.

El recuerdo de la historia de Hispania se había constituido en un crucial referente ideológico para la intelectualidad ibérica de la Alta Modernidad. En un momento en que tanto el tacitismo como el goticismo hegemonizaban los parámetros de interpretación “política” de la Antigüedad y en que los *exempla* históricos servían para argumentar las más peregrinas tesis e ideas —desde las disciplinas médicas hasta el género corográfico—, la introspección en los sucesos del pasado peninsular había alcanzado cotas de gran calidad aunque, paralelamente, se había contagiado de los presupuestos de una corriente polémica donde no siempre se velaba por la verdad de los documentos y de las citas de autoridades clásicas y medievales<sup>7</sup>.

Según se deduce de la temática de las publicaciones y manuscritos del período, gran parte de los autores españoles o portugueses basaron sus obras historiográficas en narraciones sobre grandes y preclaros prohombres de la Antigüedad ibérica o de míticos y heroicos sucesos militares en que los “españoles” o los “lusitanos” ganaron gloria y laureles (bélicos y religiosos) frente a Roma, Cartago o los invasores germánicos y musulmanes<sup>8</sup>. Tal era el alcance de esta patriótica gestación historiográfica que, como recordaba

<sup>6</sup> Antes de iniciar este apartado es preciso recordar la reciente aparición de una monografía sobre el período que sirve de marco cronológico al presente artículo, con especial énfasis en la concepción teórica de la misma (tratadística, arbitrista, “reputación”, “razón de Estado”, “Monarquía Pastoral”, etc.), debido a FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P.: *La crisis de la Monarquía*, tomo IV de la *Historia de España* dirigida por J. Fontana y R. Villares, Madrid, 2009.

<sup>7</sup> Se trata de los falsos cronicones, que nutrieron de historias fabulosas a la cronística española de todo el siglo XVII; sobre ellos, consúltese la edición de Ofelia Rey Castelao de la obra de GODOY ALCÁNTARA, J.: *Historia crítica de los falsos cronicones*, Granada, 1999, o el reciente estudio de REY CASTELAO, O.: *Los mitos del apóstol Santiago*, Vigo, 2006 y los compilados en BARRIOS AGUILERA, M. y GARCÍA-ARENAL, M. (Eds.): *Los plomos del Sacromonte: invención y tesoro*, Valencia, 2006.

<sup>8</sup> Bien en forma de tratados expresamente dedicados a biografías políticas de personalidades clásicas (por ejemplo, las de Francisco de Barreda, Luis de Morales Polo o Francisco Solanes sobre el emperador Trajano), bien como modelo comparado entre políticos de la Antigüedad y de la Alta Edad Moderna (caso de El Seyano germánico, de Joseph de Pellicer), o insertos en obras corográficas o misceláneas, los conocimientos e interpretaciones de la vida política y bélica de Roma gozaron de gran interés y difusión en la España del Barroco; véase ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A.: “De la conservación a la desmembración. Las provincias italianas y la Monarquía de España (1665-1713)” en *Studia Historica. Historia Moderna*, 26 (2004), pp 191-223, en especial, pp. 192-194; un caso curioso por sus connotaciones político-mercantiles se halla en la interpretación de los *Balbi* de Cádiz; para ello, véase QUIRÓS ROSADO, R.: “In amicitia Cæsaris floruit. Los *Balbi* gaditanos en la historiografía de los novatores (1672-1700)”, en BRAVO, G. y GONZÁLEZ SALINERO, R. (Eds.): *Formas de integración en el mundo romano. Actas del VI Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*, Madrid, 2009, pp. 373-388.

el bibliógrafo Nicolás Antonio, el objetivo del cronista debía atenerse a escribir “en defensa de la verdad, de la patria, del honor de nuestra nación”<sup>9</sup>.

Pese a la mediatización del género, el alto grado de erudición de la élite intelectual seiscentista, cuyos ejemplos más notables se hallan en el mismo Nicolás Antonio o en sus amigos *novatores*, así como en varios de sus precursores (el coleccionista Vincencio Juan de Lastanosa) y en la pléyade de sabios jesuitas que circularon por los centros educativos ibéricos, llevaría a una mayor introspección en otros asuntos menos conocidos para los recuperadores del pasado de la Península<sup>10</sup>. La praxis diplomática, la historia de las ideas políticas o factores socio-religiosos comenzaban poco a poco a tener mayor peso en la historiografía barroca, insertados dentro de las tradicionales formas de narrar los sucesos pretéritos, ahora influidas muy directamente por el tacitismo y el goticismo.

El éxito de estas dos corrientes en los gustos histórico-literarios del siglo XVII se producía gracias a la persistencia de una teología política de cariz providencialista (*Monarchia universalis*, Quinto Imperio) que rodeaba de un aura mística a las Coronas peninsulares. Además, la circulación de textos de Lipsio y de los comentaristas de Tácito y la persistencia de una tradición tendente a ligar la Monarquía Católica con la Visigoda —por ejemplo, en *El Héroe* y *El Político*, del jesuita Baltasar Gracián<sup>11</sup>— tuvieron una importancia capital en el desarrollo de estos parámetros de interpretación histórica. Entrelazado en ello, la recurrencia de intelectuales olivaristas o castellanos al estudio del reino visigodo de Toledo puede ser entendida como la exaltación política de un poderoso antecedente regnicola de la Casa de Austria, a la par que con esta introspección histórica se producía una aproximación histórico-antropológica a los enemigos de la misma, especialmente los de origen nórdico<sup>12</sup>. La publicación de la *Corona góthica* del diplomático Diego Saavedra Fajardo, enviado español a la paz de Münster, en 1646, y la inserción de determinados textos publicísticos de Joseph de Pellicer o el padre Juan de Caramuel con reminiscencias visigóticas en la lucha “de papel” entre Madrid, París y Lisboa durante las contiendas que enfrentaron

<sup>9</sup> Cita en STIFFONI, G.: *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo '700*, Milán, 1989, p. 22.

<sup>10</sup> Para un primer acercamiento a la historia de la erudición en la España moderna, *vid.* MESTRE SANCHÍS, A.: “La erudición, del Renacimiento a la Ilustración”, en MESTRE SANCHÍS, A.: *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid, 2003, pp. 239-266.

<sup>11</sup> GRACIÁN, B.: *El Héroe. Oráculo manual y Arte de prudencia* [Ed. de A. Bernat y A. Madroñal], Madrid, 2003, p. 72 y nota 25.

<sup>12</sup> Esta idea se encuentra bien definida en CORREDERA NILSSON, E. J.: *Todos somos godos. Las relaciones hispano-suecas desde 1640 hasta la Paz de Oliva*, Madrid, 2009, pp. 157-172.

a sus naciones en el segundo tercio del siglo XVII, servirían para ahondar en esta afirmación<sup>13</sup>.

No obstante, junto a los parámetros de índole belicista, también influyeron a la hora de componer tratados sobre la España visigoda, como la propia *Corona* de Saavedra, otras premisas e intereses de carácter más “científico” que se irían configurando a mediados de la centuria. La búsqueda de fuentes originales y una interpretación racional de los sucesos pasados sirvieron para obtener un mayor conocimiento sobre la teoría y práctica políticas en el mundo visigótico. Así, dentro de esta nueva orientación del estudio histórico, se hallan las primeras revisiones sobre el motivo de este artículo: la vida y la acción política del *dux* Claudio de Mérida, el más importante militar y administrador hispanorromano del siglo VI.

Oriundo de un aristocrático linaje romano, de fe católica, y dotado de grandes dotes militares, Claudio había accedido al prestigioso cargo de *dux* de la provincia de Lusitania, una de las circunscripciones más amplias y pobladas de la Hispania goda posiblemente a la par del ascenso al trono de Recaredo; si bien los datos sobre su vida son escuetos —referencias suyas existen en el *Chronicon* de Juan de Biclario, en la *Historia Gothorum* de Isidoro de Sevilla, en la anónima *Vita Patrum Emeritensium* y en las crónicas de Gregorio de Tours y Fredegario, así como una epístola del papa Gregorio Magno—, estas fuentes le convierten en uno de los hispanos más sobresalientes del siglo VI. De ellas se deduce que, en 587, Claudio reprimió una conjuración arriana en Mérida contra el obispo católico Massona y su propia persona, encabezada por el obispo Sunna y los nobles Segga, Vacrila y Witerico. Éste, criado en la casa del *dux*, denunció a su señor el objetivo de la trama, traicionando al *lobby* arriano, cuyos miembros fueron detenidos y castigados a diversas penas. Al poco tiempo, invadiendo el rey Guntram la Septimania por mano del general Bossón, Recaredo encomendó a Claudio la defensa ante el ataque franco (589). En las cercanías de Carcassonne, con un ejército más reducido que el de su oponente, Claudio derrotó completamente a las tropas rivales, manteniendo así el *status quo* en el Mediodía galo durante las décadas posteriores. La última noticia que de él se conserva es el envío de una carta del papa Gregorio Magno en la que, encareciéndole sus servicios al rey Recaredo y al catolicismo, se le encomienda la protección del abad Ciriaco durante su visita a Hispania (599)<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> DUERLOO, L.: “Caramuel in the Defence of the Empire”, en THOMAS, W. y DE GROOF, B. (Eds.): *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII*, Lovaina, 1992, pp. 301-309.

<sup>14</sup> Para una semblanza sobre el individuo, *vid.* “Claudius 2”, en MARTIN JONES, A. H. *et alii*, *Prosopography of the Later Roman Empire*, vol. III (A. D. 527-641), Cambridge, 1992, pp. 316-317; véanse también GARCÍA MORENO, L. A.: *Historia de España visigoda*, Madrid, 1989,

La biografía del *dux* Claudio convertía al hispanorromano en un *exemplum* del virtuoso servidor de la Corona; y esto no pasó desapercibido para los cronistas y polemistas desde tiempos del tardío humanismo del Quinientos<sup>15</sup>. El primer autor que se detuvo en analizar en profundidad los hechos de Claudio fue el cronista real Ambrosio de Morales, cuya cuidada descripción de los sucesos góticos le valdría ser consultada como fuente de obligada consulta para todos los historiadores posteriores<sup>16</sup>. Ilustre anticuario y continuador de la *Corónica General de España* iniciada por Florián de Ocampo en tiempos del César Carlos V, en el duodécimo libro de esta ambiciosa crónica Morales efectúa un análisis minucioso de los balbucientes comienzos del reinado del rey godo Recaredo, aunque a diferencia de sus antecesores Garibay o Vasseus, Morales consulta una fuente de extraordinaria calidad para la narración del periodo: la *Vita Patrum Emeritensium*. Debida a un más que probable eclesiástico emeritense, el supuesto diácono Paulo, la *Vita* ofrece con gran lujo de detalles los pormenores históricos de los metropolitanos de Mérida, descollando la biografía de Massona y el epitome de los sucesos de su acción pastoral. Siguiendo al pie de la letra la *Vita*, Ambrosio de Morales confecciona una fluida reconstrucción de la conjuración del arriano obispo Sunna<sup>17</sup>. El herético prelado, “perseverando en su mal error” y en la inquina contra los católicos, decide acabar con la vida de Massona y

---

pp. 135-143, y ORLANDIS, J.: “Un hispano, Claudio de Lusitania, el mejor general visigodo”, en ORLANDIS, J.: *Semblanzas visigodas*, Madrid, 1992, pp. 79-90.

<sup>15</sup> Los precusores humanistas de este estudio de biografías políticas godas son el erudito flamenco Iohannes Vasseus y el cronista vascongado Esteban de Garibay. Vasseus, en su *Hispaniæ Chronicon*, tomando como autoridades al Biclarense, a san Isidoro de Sevilla y al obispo Lucas de Tuy, resumía las conjuras arrianas y narraba la invasión franca de Bosón, contra quien “Claudius Lusitaniæ dux a Ricaredo missus, in fugam conuertit, & dictu mirum, sexaginta ferme hominum millia, cum trecentis plus minus militibus partim occidit, partim fugauit, dispoliat is ipsorum castris. Han tam insignem victoriam non immerito conuersioni ac fidei Ricaredi acceptam ferunt”; VASSEUS, J.: “Hispaniæ Chronicon”, en BELL, R. (Ed.), *Rerum Hispanicarum scriptores aliquot*, tomo I, Frankfurt, 1579, p. 557. Por su parte, Garibay articulaba un modélico discurso historiográfico sobre el “buen príncipe” Recaredo, objeto de ataques tanto por los francos como por los arrianos. Las referencias primarias de Garibay provienen del Biclarense y de San Isidoro, por lo que no ahonda en los pormenores de la conjura de Sunna y Segga en Mérida (datos ofrecidos en la *Vita Patrum Emeritensium*), aunque sí alude directamente a la fabulosa victoria sobre “el capitán Basón por Claudio, capitán de la Lusitania, con muerte de mucha gente francesa y desvalijamiento de todo el real”, considerada por el cronista como “obra divina”; GARIBAY, E. de: *Compendio historial de las chrónicas y universal historia de todos los Reynos de España*, tomo I, Barcelona, 1628 [original, Amberes, 1571], p. 278.

<sup>16</sup> Sobre Ambrosio de Morales y su labor historiográfica, consúltese, junto a numerosas aportaciones recientes, el estudio de SÁNCHEZ MADRID, S.: *Arqueología y humanismo: Ambrosio de Morales*, Córdoba, 2002.

<sup>17</sup> MORALES, A. de: *Corónica General de España que continuaba Ambrosio de Morales, coronista del Rey nuestro Señor don Felipe II*, tomo VI, Madrid, 1791 [edición original, Alcalá, 1577], pp. 8-10.

del “Capitán General Claudio, caballero muy valiente y de grandes virtudes, que tenía el gobierno de la tierra”, para lo cual se hizo necesario contar con el apoyo de las élites gobernantes godas. Según el relato, Sunna captó a Witerico, joven caballero criado en la casa de Claudio, para asesinar al arzobispo ortodoxo en una audiencia. Sin embargo, Massona, prototipo del celoso y prudente servidor de Dios, “quiso que quando el obispo viniese, Claudio estuviese con él”. Sería la ocasión para que, según Morales, se produjera un “milagro”. Los conjurados arrianos, liderados por Sunna, se reunieron con Claudio y Massona, momento escogido para que el guerrero y deudo del *dux*, Witerico, “como hombre de su casa y crianza”, se situase a las espaldas de su señor y ejecutara los asesinatos. Así lo comenta Morales:

*Afirma [Paulo Diácono] no pudo Witerico sacar la espada de la vayna dos o tres veces que tiró della. Y aunque algunos de los conjurados por señas y palabras secretas le animaban a que acabase el hecho, acometiendo de nuevo a desenvaynar su espada, siempre la halló tan firme como si estuviera clavada con la vayna.*

La providencia divina habría impedido la “cruel ejecución”, lo que no fue óbice para que Sunna continuase su propósito. Teniendo en cuenta la proximidad de una procesión católica a la basílica de Santa Eulalia, “determinaron, pues, los conjurados hacer este día la fiera matanza, tomando la gente en descuido y ocupada en su devoción”. Witerico, conocedor de los pormenores del atentado, se arrepintió de su error y denunció los planes arrianos al arzobispo Massona y le solicitó su protección. El prelado católico comunicó a Claudio las noticias recibidas por Witerico, y el prudente *dux* armó sigilosamente a sus hombres para atajar la conjura. En un golpe de mano, prendió a los aristócratas y clérigos arrianos y, a los que se le resistieron, “fueron muertos en la brega”. Una vez acabada su acción, Claudio solicitó a Recaredo “mandase lo que de ahí adelante debía hacer”, con lo que ejecutó diversas penas a los detenidos, como el destierro al obispo Sunna, quien “perseverando en su error, se pasó en África”, la prisión de los aristócratas capturados (salvo Witerico, que sería perdonado) o la condena a la servidumbre de la iglesia de Santa Eulalia al noble Vacrila<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Alude Morales a la acuñación de una moneda áurea conmemorativa, “que yo he visto”, con el nombre y el rostro de Recaredo en el anverso y la leyenda “EMERITA PIVS” en el reverso, que para el cronista es símbolo de la clemencia del soberano hacia los conjurados arrianos; MORALES, A. de: *Corónica General de España...*, tomo VI, p. 10.



La figura de Claudio, ligeramente esbozada en la narración de la conjura emeritense, se agranda y toma el protagonismo en el siguiente episodio que Morales reconstruye sobre el gobierno del católico Recaredo. Una vez liquidado todo rastro de conjuraciones heréticas en la Corte, pergeñadas por Uldila y Gosvinda, la atención del soberano se centró en la defensa de su reino ante la invasión de tropas del “Rey de Francia Gunterhamno” sobre la Septimania<sup>19</sup>. Guntram, según Morales, “prosiguiendo todavía la venganza de su sobrina, la muger del glorioso Príncipe San Ermenegildo, y queriéndose también vengar de la gran rota de su Capitán Desiderio”, armó un gran ejército de más de 60.000 hombres al mando del general Bossón. Por su parte, Recaredo ordenó marchar contra los invasores a Claudio, “su excelente Capitán, y como hemos visto su General ordinario en la Lusitania, con residencia en Mérida, cabeza de aquella provincia; y por hombre muy señalado en la guerra, lo envió para que se opusiese al gran peligro desta”. Claudio, “de ilustre linage, y nacido de padres romanos”<sup>20</sup>, consiguió con su pericia convertir el enfrentamiento de Carcassonne en un hecho legendario, pues las autoridades visigodas (Isidoro de Sevilla, Juan de Biclaro) la tratan como una señaladísima victoria de trescientos soldados escogidos de Claudio contra el ejército franco, atribuyéndose la rota “al poderío de Dios”, máxime cuando “en los autores franceses no hallo mención desta guerra”. Gran interés radica en este pasaje de Ambrosio de Morales, pues si bien no consulta fuentes originales merovingias (Gregorio de Tours, Fredegario), sí indica la existencia de cierta moneda de oro de Recaredo con la leyenda “EMERITA VICTOR” en el reverso, la cual es considerada como una “memoria” de la victoria de Claudio, gobernador de Mérida y capitán de “la gente más principal que tuviese” en la jornada contra los francos<sup>21</sup>. Para finalizar, hay que recordar cómo Morales advierte, aunque muy sutilmente, la altura política de Claudio según el tenor de la epístola a él dirigida por el papa Gregorio Magno, quien “como a tan privado [de Recaredo] le encomienda el papa a un abad Ciriaco, que él envía con recaudos al rey”<sup>22</sup>.

Varias décadas después de la impresión de la obra de Ambrosio de Morales, volverá a aparecer la memoria del *dux* Claudio y de sus famosos hechos políticos y militares en dos obras muy difundidas por toda la geografía

<sup>19</sup> La narración de la campaña se encuentra en MORALES, A. de: *Corónica General de España...*, tomo VI, pp. 11-12.

<sup>20</sup> Morales expone sus dudas sobre los orígenes de la familia de Claudio, pues si bien pertenece a la aristocracia romana, “puédese entender fuesen [sus padres] algunos que vinieron con los godos, o de los que de más antiguo acá residían”; MORALES, A. de: *Corónica General de España...*, tomo VI, p. 10.

<sup>21</sup> MORALES, A. de: *Corónica General de España...*, tomo VI, *ibidem*.

<sup>22</sup> MORALES, A. de: *Corónica general de España...*, tomo VI, p. 32.

peninsular: la *Historia General de España*, del jesuita Juan de Mariana, y la *Segunda parte de la Historia Ecclesiástica de España*, del canónigo malagueño Francisco de Padilla. En lo que respecta al padre Mariana y su visión sobre Claudio de Mérida, no cabe duda que el cronista toledano consulta la *Vita Patrum Emeritensium*, bien por su texto original, bien en la recensión de Ambrosio de Morales, además de las consabidas crónicas de Juan de Biclario y de Isidoro de Sevilla y las epístolas de Gregorio Magno y el santo hispalense —esta última de dudosa autenticidad—. A lo largo de sus páginas, la valía y las prendas políticas del gobernante hispanorromano son loadas por el cronista, quien le tilda de “persona esclarecida, por la constancia de la religión cathólica”, en cuanto protector del obispo Massona “con su valor y autoridad” durante las alteraciones emeritenses<sup>23</sup>. Apartándose de los pormenores de la conjura emeritense, Mariana otorga un tinte providencialista muy marcado, tal y como se observa en el *milagroso* arrepentimiento de Witerico, episodio deudor no sólo de los elementos hagiográficos de la citada *Vita*, sino también del espíritu post-tridentino imperante en la España seiscentista.

La piedad y la perspicacia política de Claudio en los sucesos de Mérida se ven complementadas con su fuerza y valía en el servicio de las armas. La narración de la campaña de la Septimania está tomada a pie de la letra del *Chronicon* del Biclarense y de otros textos coetáneos, especialmente las obras isidorianas. Enviado el *dux* Claudio, “de la antigua sangre de los romanos, para que desde la Lusitania, donde residía, acudiesse al gobierno y cosas de Francia y con su destreza reprimiese el orgullo de los contrarios”, éste no dudó en disponerse —“alegre por la memoria de la rota poco antes dada a los franceses”— a batir a los enemigos de Recaredo<sup>24</sup>. De nuevo, la heroica conducta de los godos, formados por “una compañía de trezientos soldados, los más escogidos entre todos los suyos” por el caudillo hispano, tiñe el recuerdo de Claudio y su victoria. El simbolismo clásico-bíblico del número de combatientes godos, trescientos, frente a una abultada cifra de francos (sesenta mil), redundará más en el contenido ejemplarizante del texto; su “validez” se explica al apoyarse Mariana en una autoridad incontestable, San Isidoro de Sevilla, que lo saluda como hecho ilustre, señalado y milagroso<sup>25</sup>. Por último, al tratar de la correspondencia mantenida entre Grego-

<sup>23</sup> MARIANA, J. de: *Historia General de España*, tomo I, Madrid, 1617, p. 245. Sobre el padre Mariana y la historiografía coetánea, véase GARCÍA HERNÁN, E., “Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII”, en GARCÍA CÁRCEL, R.: *La construcción de las historias de España*, Madrid, 2004, pp. 127-194, en especial, pp. 141-152.

<sup>24</sup> MARIANA, J. de: *Historia General de España*, tomo I, pp. 246-247.

<sup>25</sup> MARIANA, J. de: *Historia General de España*, tomo I, p. 247.

rio Magno con ilustres personalidades visigodas, tal y como había hecho Morales, también Mariana alude a la influencia sobre el rey Recaredo del hispanorromano Claudio, quien por ser la “persona la más principal después del rey que se conocía en España” le fue encomendada la salvaguarda del “abad Cyriaco, que se partía para España”<sup>26</sup>.

Por su parte, el canónigo y tesorero de la Catedral de Málaga, Francisco de Padilla, volvería a insistir en los acontecimientos que envolverían a Claudio en su gobierno provincial lusitano y en la campaña militar de la Septimania. El clérigo Padilla, tomando como fuentes principales al Biclarense, a Gregorio de Tours, la *Vita Patrum Emeritensium* y las epístolas de Gregorio Magno, desgrana con prolijidad la conjura de los arrianos de Mérida según el estilo usado por Ambrosio de Morales y Juan de Mariana (llegando incluso a copiar fragmentos íntegros del primero). El espíritu providencialista tridentino de los hechos queda afirmado en las propias palabras de Padilla, para quien “no solamente fue Dios servido de librar al rey Recaredo de las traiciones que los pérfidos arrianos fabricaron contra él, mas también le dio vitoria de otros sus enemigos que le movieron guerra”<sup>27</sup>. No obstante, la calidad de la narración del canónigo malacitano es netamente inferior a la de los otros cronistas, confundiendo tiempos y sucesos —separando la conjura de Sunna y Segga con la del propio Sunna en Mérida, a tenor de las noticias de Juan de Biclario y de la *Vita Patrum Emeritensium*, o situando la conjuración emeritense después de la campaña de la Narbonense— y dependiendo de forma muy directa, sin introspección mayor, de las fuentes consultadas. En lo que respecta al *dux* Claudio de Mérida, Padilla le representa como un *famoso* y *excelente* capitán que conseguiría derrotar con sus tropas al enorme ejército del franco Bossón “haziendo en ellos increíble matança, y tomándoles los reales con mucha presa”, únicamente con trescientos soldados escogidos, lo que le lleva a afirmar que esta victoria, de resonancias bíblicas, “siendo tan grande la desproporción del número de los vencedores respeto de los vencidos, con razón se puede tener por milagrosa”<sup>28</sup>. El interés mayor de la *Historia* de Padilla sobre la figura de Claudio se encuentra en su traducción y anotación de la epístola que el papa Gregorio Magno dirigió al hispanorromano, el vencedor de los *franceses* y perseguidor de los conjurados arrianos en Mérida, y, en consecuencia, bienquisto del obispo Massona y *privado* de Recaredo. Siendo la primera versión castellana de tan citada

<sup>26</sup> MARIANA, J. de: *Historia General de España*, tomo I, p. 251.

<sup>27</sup> PADILLA, F. de: *Segunda parte de la Historia Ecclesiástica de España. Contiene dos centurias desde el año de quinientos y uno, hasta el de setecientos del nacimiento de Christo*, Málaga, 1605, f. 113v.

<sup>28</sup> PADILLA, F. de: *Segunda parte de la Historia Ecclesiástica de España...*, ff. 113v-114r.

carta, Padilla la considera —aunque para otros autores coetáneos, erróneamente— la respuesta de un ofrecimiento personal de Claudio al sumo pontífice o una orden para defender al abad Ciriaco, quien “devió de ser nuncio o legado embiado por el papa a el rey, o para congratular la nueva conversión de los godos, o para tratar algunos otros negocios con él”<sup>29</sup>.

Habría de alcanzarse el reinado del cuarto Felipe en España para la recuperación de la memoria del hispanorromano Claudio en la tratadística política ibérica. Esta vez vendría de la mano de un conocido literato portugués, de amplio conocimiento humanístico y celoso de los éxitos de su patria: Manuel de Faria e Sousa<sup>30</sup>. El prolífico escritor, honrado y reconocido en el Madrid de su tiempo, dedicaba en 1628 su tratado *Epítome de las historias portuguesas* al II marqués de Castelo Rodrigo, Manuel de Moura y Corte-Real. Compendio sucinto y preciosista del pasado luso, el *Epítome* incluye una breve alusión a los meritorios sucesos de Claudio, “varón tan bien afortunado en los casos de la guerra”<sup>31</sup>. Sin llegar a la profundidad de los detalles aportados por Mariana, de quien toma el hilo argumental, incluso deformando el contenido histórico sin motivo aparente<sup>32</sup>, Faria e Sousa relata la conjura de los arrianos en Mérida y la guerra promovida por el rey Guntram sobre la Septimania. De nuevo, al rescatar el *topos* bíblico de Gedeón y los madianitas, como ya hiciera el lusitano abad de Bícilaro, Faria exalta la figura del heroico Claudio, quien “solamente con trescientos soldados (...) entró en la batalla, i dexó passados a cuchillo la mayor parte de setenta mil franceses”<sup>33</sup>.

La descripción de la prodigiosa victoria del “general lusitano” Claudio y de sus éxitos políticos servía a Faria e Sousa para demostrar la valía de un héroe portugués fiel y leal a su católico príncipe, especialmente cuando se “remolinaban al impulso de inquietudes, parcialidades y motines” aquéllos que negaban su autoridad soberana. Recordar en 1628 al *dux* Claudio, el “otro Gedeón”, todavía carecía de un cariz político *activo*; únicamente se trataba de un afortunado soldado, capaz de acabar con una “traça” sedicio-

<sup>29</sup> PADILLA, F. de: *Segunda parte de la Historia Ecclesiástica de España...*, ff. 145r-146r.

<sup>30</sup> Una breve semblanza intelectual del escritor portugués, que acabó sus días exilado en la Corte de Madrid durante la *Restauração* lusa, se halla en BOUZA, F., *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, 2001, pp. 27-31.

<sup>31</sup> FARIA E SOUSA, M. de: *Epítome de las historias portuguesas. Primero i Segundo Tomo. Divididos en quatro partes*, Madrid, 1628, p. 231.

<sup>32</sup> En relación a esta deformación de la historia, cabe destacar que Faria considera a los obispos Fulgencio y Leandro tíos del “excelente príncipe” Flavio Recaredo, y al mismo Claudio como “defensor de lo que aún por la Marina estava por el Imperio”, considerándole, equivocadamente, un individuo bizantino, no hispanorromano; FARIA E SOUSA, M. de: *Epítome de las historias portuguesas...*, pp. 230-231.

<sup>33</sup> FARIA E SOUSA, M. de: *Epítome de las historias portuguesas...*, *ibidem*.

sa que le había puesto “el laço a la garganta” en Mérida y de alcanzar una formidable victoria contra los enemigos foráneos de su rey<sup>34</sup>. Pocos años después, en 1635 estallaba la guerra hispano-francesa, y en 1640, una rebelión nobiliaria desligaba a Portugal de su legítimo señor, generando ambos acontecimientos un nuevo sentido a la historia de Claudio de Mérida.

Antes de frisar el punto de inflexión del devenir político de la Monarquía aparecía una de las más notables muestras del género corográfico en la Castilla del Seiscientos. Se trata de la *Historia de la ciudad de Mérida* (1633), redactada por el regidor emeritense Bernabé Moreno de Vargas, afamado genealogista y loador de su ciudad natal<sup>35</sup>. En los capítulos IX a XI del tercer libro de la corografía de Moreno de Vargas se desarrollan con una profusión de datos, citas y autoridades sin parangón hasta el momento la *quæstio* arriana de Mérida y sendas biografías de los artífices de su desarticulación: Massona y Claudio<sup>36</sup>. Sin ahondar en los pormenores de los acontecimientos, ya expresados en las líneas anteriores, es preciso reconocer cómo, por vez primera, el *dux* Claudio toma un papel autónomo en la crónica altomoderna. Considerado como sobrino del arzobispo Massona, el *duque* Claudio se muestra como un prudente y valeroso gobernador que no duda en defender la causa de la ortodoxia y de su mayor expresión en la ciudad bajo su autoridad, el metropolitano Massona. Moreno, en el capítulo titulado “Del Duque de Mérida Claudio, vitoria insigne que alcanzó de los franceses, y moneda de Recaredo y Mérida”, sitúa al gobernador a la altura política del propio arzobispo, a causa de su insigne memoria, pues le “hazen mucha mención los autores”. La naturaleza hispanorromana de Claudio ocupa los preliminares del relato biográfico; se le trata como oriundo de Mérida e hijo del caballero romano Claudio, “de las ilustres familias que dellos avía en Mérida”, y de Bassila, hermana del arzobispo Massona. La filiación materna con el prelado que aparece tomada del manuscrito de Euprando, uno de los múltiples falsarios aparecidos a comienzos del Seiscientos castellano, y el apelativo honorífico de Flavio aumentarían el aura aristocrático del duque de Mérida, reforzando la imagen ofrecida en la *Vita Patrum Eme-*

<sup>34</sup> FARIA E SOUSA, M. de: *Epítome de las historias portuguesas...*, *ibidem*.

<sup>35</sup> Para una inicial aproximación a la corografía hispana de la Alta Modernidad, véase KAGAN, R. L.: “La corografía en la Castilla moderna: género, historia, nación”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 13 (1995), pp. 47-60.

<sup>36</sup> Los autores expresamente citados en los capítulos son, entre otros, el diácono Paulo de Mérida, el abad Juan de Bicláro, Gregorio de Tours, Isidoro de Sevilla, Beda, Rodrigo Ximénez de Rada, Iohannes Vasseus, Ambrosio de Morales, Juan de Mariana, Francisco de Padilla, Dextro, Euprando, Máximo de Zaragoza, el cardenal Cesare Baronio o el propio Bernabé Moreno de Vargas; MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, Madrid, 1633, ff. 158v-166v.

*ritensium*, donde se “le da título de claríssimo, y dize que fue muy católico, soldado muy valiente y capitán muy valeroso, y sobre todo muy temeroso de Dios”<sup>37</sup>. La recreación de Claudio como modelo y dechado de virtudes vuelve a repetirse al afirmarse que una epístola de San Isidoro de Sevilla le fue remitida como respuesta a una misiva propia en que “le satisfaze a las preguntas que le propuso”, indicándose que el *dux* Claudio debía ser un inteligente individuo “y aficionado a buenas letras, que adornan e ilustran mucho a un capitán general”<sup>38</sup>.

Una vez atajada la sublevación arriana en la capital de su ducado, Claudio habría sido encargado por Recaredo para derrotar a los francos que invadían la Septimania “a instancia de dos condes llamados Granista y Vildigerno, y del obispo Athaloco”, que intentaban derrocar al legítimo soberano y mover sediciones contra los católicos. Junto con la gente de guerra de Mérida, Claudio alcanzó a los enemigos en Carcassonne y “le dio la batalla con solos trecientos soldados que de los suyos escogió por de más satisfacción y confianza”. Moreno de Vargas, al igual que todos sus antecesores en la narración de la “notable y milagrosa vitoria”, aduce la participación de la divinidad y, en especial de Santa Eulalia, para obtener la expulsión de los *franceses* de las tierras góticas. En este caso, citando a Morales, el corógrafo insiste en que la acuñación de la famosa moneda conmemorativa de la derrota de Bossón se debía a que Recaredo “avía sido vencedor con la gente de Mérida, si bien tenía también algo de valentía y braveza el dar a entender que con sola una ciudad de su reyno avía vencido a los franceses, en número superior a los vencedores”<sup>39</sup>.

La ascendencia política de Claudio, en virtud de su linaje, virtud y hazañas, no podía hacer sino uno aumentar en la Corte. Bernabé Moreno le hace firmante, en calidad de “Comes limitaneus & Dux”, en el tercer concilio de Toledo, según cierta referencia de pseudo-Máximo de Zaragoza en el *Chronicon Dextri*, fruto de la falsificación del jesuita Gerónimo Román de la Higuera, afirmando que tal adscripción gubernativa era basada en que el hispanorromano gobernaba cual virrey en la ciudad emeritense, tanto en lo civil como en lo militar, y “porque Mérida lo era [ciudad de frontera] y comprendía en su gobierno la provincia de la Lusitania, que era como frontera y la última del señorío de los godos al Occidente”<sup>40</sup>. Esta participación en el crucial concilio eclesiástico debía ser consecuencia de que “ya avía dexado de asistir en Mérida y estava con el rey en su servicio en Toledo”, pues

<sup>37</sup> MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, ff. 161v-162r.

<sup>38</sup> MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, f. 162r.

<sup>39</sup> MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, ff. 162r-163r.

<sup>40</sup> MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, f. 163r.

unos años después recibía la conocida carta de Gregorio Magno en que se le encargaba el favor del abad Ciriaco en su viaje a la Península Ibérica “a algún negocio particular para bolverse luego”, no en misión oficial como había indicado Padilla. Para el regidor de Mérida no era ninguna casualidad la elección de Claudio como remitente de la epístola, pues se le define como persona allegada a Recaredo, teniendo “gran mano y privanza” con el soberano<sup>41</sup>.

Evocar la privanza en 1633 no era algo ingenuo. La imagen del *dux* Claudio, en cuanto piadoso católico y fiel servidor de su legítimo soberano, le hacía partícipe del favor real. Su lealtad, prudencia y valor militar se convertían en elementos fundamentales para el buen gobernante. Como se vislumbraba en los cronistas castellanos de la transición hacia el siglo XVII o en el propio Manuel de Faria e Sousa, Claudio era un modelo ante quien se debía observar el vasallo del Rey Católico. De nada obsta el cierto falseamiento de los orígenes del gobernador lusitano, o su participación en el tercer concilio toledano, que Moreno toma de los *chronicones* difundidos en los medios eruditos de la primera mitad de la centuria, pues ello se inserta en una acción común al resto de creadores del género corográfico español. Ni tampoco cierta suposición con que cierra su semblanza biográfica, considerándole mártir en África junto con otros emeritenses santificados en el *Martirologio Romano*<sup>42</sup>. El *valeroso duque* Claudio se había rescatado en forma de prototipo del héroe barroco, y sobre su productiva vida se habría de sustentar una interesante actividad propagandística conectada con los problemas de la cada vez más cuestionada Monarquía Católica.

Dada a la imprenta por el enviado español Diego Saavedra Fajardo en la alemana ciudad de Münster en 1646, sede de las delegaciones diplomáticas católicas que negociaban el fin de la Guerra de los Treinta Años, la *Corona gótica* contenía una profunda revisión de los comienzos del reinado de Recaredo y, dentro de ello, de la vida y obra del *dux* lusitano Claudio. La obra, primera pieza de una proyectada historia general de la Monarquía de España, se consolidaba como la más completa y crítica historia del reino visigótico escrita hasta el momento, merced a las múltiples fuentes documentales y bibliográficas consultadas para su realización.

Las reflexiones del erudito Saavedra Fajardo sobre el reinado de Recaredo, que abarcan casi medio centenar de páginas de su edición *princeps*, no están exentas del tono moralizante y apotegmático característico de un taci-tismo común al resto de tratados del diplomático español. En la narración de

<sup>41</sup> MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, ff. 163r-v.

<sup>42</sup> MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, f. 163v.

los comienzos del gobierno del católico príncipe ocupan un espacio fundamental los hechos vinculados al *dux* Claudio de Mérida. Frente a la limitada serie de títulos bibliográficos o fuentes primarias que pudieron consultar Mariana o Faria e Sousa, don Diego redactó su semblanza histórica con más de una quincena de obras. Desde las crónicas tardoantiguas del Biclarense, de Isidoro de Sevilla o de Gregorio de Tours, las cartas de Gregorio Magno o la *Vita Patrum Emeritensium* (atribuida a Paulo Diácono), hasta las crónicas medievales de Alonso de Cartagena, Rodrigo Ximénez de Rada y Lucas de Tuy y las historias altomodernas del cardenal Baronio, el anticuario Claude Fauchet o el jesuita Juan de Mariana, sus datos e interpretaciones proporcionan argumentos de autoridad a Saavedra con los que explicar de manera crítica los pormenores vitales del “duque Claudio, ilustre por su gran valor y piedad”<sup>43</sup>.

El trasunto histórico de la conjuración arriana de Mérida facilita al tratadista la inserción de políticas enseñanzas relativas a conceptos como la “impiedad”, la “razón” y la “traición”<sup>44</sup>. El lenguaje político desarrollado por Saavedra en sus explicaciones historiográficas evidencia la completa vinculación entre la historia de la Tardía Antigüedad y los presupuestos ideológicos del Barroco. Así, la lealtad al rey mostrada por Claudio, además de la afortunada intervención de la “Divina Providencia” en la salvación del gobernante y del obispo católico Massona, se vinculan con el espíritu contrarreformista imperante en la Corte madrileña y con las particularidades políticas del periodo. Guardar fidelidad a un monarca revestido de *potestas* regia por la divinidad y el cuerpo místico de la Monarquía se advierte como una práctica vital para el buen vasallo, del que Claudio se convierte en un caso ejemplar<sup>45</sup>. Sin embargo, donde mayor relación se observa entre el pasado visigótico y el presente de la Monarquía Católica es en la descripción de la campaña del *dux* lusitano contra los invasores francos en la “Galia gótica”<sup>46</sup>. La visión negativa expuesta sobre los *franceses*, individuos que, mal dirigidos por el general Bossón, se enfrentan a un destino fatal, se ha de insertar en las polémicas propagandísticas iniciadas en 1635, con la decla-

<sup>43</sup> SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Corona gótica, castellana y austriaca. Políticamente ilustrada. Parte primera*, Münster, 1646, p. 253. Recientemente se ha editado este tratado por parte de J. Villacañas Berlanga (Murcia, 2008), incluyéndose un amplio e interesante estudio introductorio.

<sup>44</sup> SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Corona gótica...*, pp. 250-252.

<sup>45</sup> Sobre la teología política de las monarquías europeas en la Baja Edad Media, tiempo en que se formularon todas estas ideas que prevalecieron durante la Modernidad, *vid.* “Les Deux Corps du Roi”, en KANTOROWICZ, E.: *Œuvres*, París, 2000 [primera edición, 1957], pp. 643-999; para el caso español hay que véase recordar el concepto de “Monarquía Pastoral” desarrollado en la segunda mitad del siglo XVII; véase FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P.: *La crisis de la Monarquía*, *op. cit.*

<sup>46</sup> SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Corona gótica...*, pp. 253-257.



ración de guerra de Luis XIII y Richelieu contra los soberanos de la Casa de Habsburgo.

Los caracteres con que Saavedra define al *francés* Bossón, prototipo del errático y ambicioso militar (“impaciente su ánimo ambicioso de gloria”) se enfrentan a los de Claudio, ingenioso y valiente soldado *español*. Asimismo, el sentimiento patriótico del escritor castellano, más allá de exaltar la fabulosa victoria del ejército visigodo, le motiva a establecer una dura crítica sobre los “historiadores franceses que disminuyen esta vitoria”<sup>47</sup>; la ejemplar impugnación de la referencia de Fauchet, equivocado en sus explicaciones, e incluso la relativización del testimonio de Gregorio de Tours sobre el combate entre las armas francas e hispanogodas, motiva a Saavedra a exponer su consideración sobre la imposición de límites y la falsificación del estudio del pasado, muy comunes ambos procesos en los tiempos en que la *guerra de papel* lograba tantas victorias como los mismísimos combates armados:

*Es la Historia un espejo en quien las Naciones propias y estrañas se an de mirar para componer sus acciones, y pecan contra el público bien los que con la lisonja y con la pasión empañan el cristal puro de la verdad*<sup>48</sup>.

“*Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal*”. *Historia visigótica y propaganda jesuita*.

El asesinato del secretario Miguel de Vasconcellos en diciembre de 1640 por unos *fidalgos* conjurados contra el poder de los soberanos habsbúrgicos sobre Portugal dio inicio a uno de los más largos y terribles conflictos que asolaron la Península Ibérica en la Modernidad. Las causas de la guerra, las finanzas y el esfuerzo militar de los bandos contendientes han sido analizados pormenorizadamente en las últimas décadas por la historiografía española, portuguesa y francesa<sup>49</sup>. Además, como fruto de las nuevas orien-

<sup>47</sup> Llama la atención su precisa descripción de la batalla, deudora de la tratadística militar barroca, y la recurrente alusión a la emboscada de “la compañía de su guarda, compuesta de españoles” (es decir, hispanorromanos, no visigodos), que defiende según la referencia de “graves autores”; SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Corona góthica...*, pp. 255-256.

<sup>48</sup> SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Corona góthica...*, p. 256.

<sup>49</sup> Además de las obras ya citadas, hay que indicar otras monografías de gran interés para la comprensión de esta materia, entre ellas las de BOUZA, F.: *Portugal no tempo dos Filipes. Política, cultura, representações (1580-1668)*, Lisboa, 2000; SCHAUB, J.-F.: *Le Portugal au temps du Comte-Duc d’Olivares (1621-1640). Le conflit de juridictions comme exercice de la politique*, Madrid, 2001; y VALLADARES, R.: *Portugal y la Monarquía Hispánica, 1580-1668*, Madrid, 2000.

taciones historiográficas, también la propaganda y la cultura política están teniendo un peso creciente en las nuevas aproximaciones sobre la Guerra de *Restauração*.

De esta manera, se pueden conocer las particularidades de la guerra de papeles que corría pareja al ruido de las armas en la “raya” hispano-portuguesa durante los años 1640 a 1668. Mientras que intelectuales de renombre, como Joseph de Pellicer, Juan de Caramuel o Jerónimo Mascarenhas, entre los pro-habébúrgicos, o los bragancistas António de Sousa Macedo o Francisco Velasco de Gouveia, dieron a la imprenta manifiestos, contra-manifiestos o tratados políticos que llenaban de derechos y legitimidades no sólo los incipientes espacios de opinión ibéricos, sino también el resto de Cortes europeas, otros autores, conocidos o anónimos, hacían correr panfletos y sátiras en un radio de difusión más corto pero de alto alcance propagandístico. Sin entrar a verificar la efectividad de los medios publicísticos de uno u otro contendiente, sí cabe expresar que la ocasionalidad del conflicto armado motivó la búsqueda de argumentos históricos con los que dar validez a las defensas y ataques políticos que poblaban estas obras. Según han demostrado Fernando Bouza y Rafael Valladares, la propaganda contra “el tirano y rebelde Verganza” —como reza el título de un *Apologético* del inquisidor Adam de la Parra— o a favor de la “Lusitania liberata” —tal y como intitulaba Sousa Macedo a una de sus obras más divulgadas— abarcó varios géneros y se nutrió de múltiples ideas argumentales<sup>50</sup>. Estas piezas publicísticas se consolidaron como armas de combate ideológico en la contienda, en la cual coexistieron varias corrientes de creatividad panfletaria, una “desde arriba”, auspiciada por Felipe IV y João IV y sus sucesores, y otra “desde abajo”, cuyas ideas y características son “deudoras de tradiciones y estrategias particulares”<sup>51</sup>.

No obstante, la propaganda, como género de movilización de sujetos y de pasiones, no siempre adquirió formas y tipificaciones *clásicas* “manifiestos, vindicaciones, sátiras”, sino también se introdujo en otros ámbitos donde el adoctrinamiento político sería más indirecto (o, al menos, en parte). Los sermones religiosos y las representaciones teatrales insertaron mensajes y proclamas en la mente de un número indiscriminado de destinatarios<sup>52</sup>. Así

<sup>50</sup> Las más completas revisiones sobre el uso de la propaganda en el conflicto hispano-portugués se encuentran en BOUZA, F.: “Propagandas, papeles y público barrocos. En torno a la publicística hispana durante la guerra de Restauração portuguesa de 1640 a 1668”, en BOUZA, F.: *Papeles y opinión. Políticas de publicación en el Siglo de Oro*, Madrid, 2008, pp. 131-178; y VALLADARES, R.: *Felipe IV y la Restauración de Portugal*, pp. 180-199.

<sup>51</sup> BOUZA, F., “Propagandas, papeles y público barrocos...”, p. 140.

<sup>52</sup> BOUZA, F., “Propagandas, papeles y público barrocos...”, *ibidem*; VALLADARES, R., *Teatro en la guerra. Imágenes de príncipes y restauración de Portugal*, Badajoz, 2002.

pues, los púlpitos y los corrales de comedias, en un mundo fuertemente confesional y receptor del espectáculo dramático, se erigieron en una vía paralela para el éxito o el fracaso de las políticas publicitarias de ambas monarquías.

Un caso excepcional de esta simbiosis religioso-teatral en tierras del Rey de España se encuentra en una obra inédita y prácticamente desconocida: *Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal, en nombre del católico Recaredo, rey de España*. Publicada en forma de suelta en la imprenta bruselense de la viuda de Guillaume Hacquebaud posiblemente en la primavera de 1665, por desgracia no se conserva de la misma más que un “Argumento” y una breve relación de las partes y temáticas de cada uno de los tres actos (y el “Epílogo”) que conformarían la pieza. Según informa el texto de la portada, *Claudio pío, fuerte y fiel* fue representado por los estudiantes del colegio jesuita de Bruselas en cuatro sesiones consecutivas a fines de febrero del citado año<sup>53</sup>. Su autor no aparece indicado en la suelta, aunque sí se incluye una amplia dedicatoria al receptor del mensaje de la obra dramática: el gobernador general de Flandes, Francisco de Moura, III marqués de Castelo Rodrigo. Así pues, elementos como la dramaturgia jesuita, un argumento histórico de raíces godas y un aristócrata portugués se encuentran tras el texto que se analizará en las siguientes líneas.

¿Cuáles son las razones para interrelacionar estos tres factores? En primer lugar hay que indicar que un campo de la cultura donde tuvo gran fuerza el uso (y abuso) de la Antigüedad es el teatro de la Compañía de Jesús. Organización religiosa de enorme trascendencia en la Edad Moderna, la *Societas Iesu* promovió la difusión de saberes y de una pedagogía destinada a la formación integral de sus miembros y a la evangelización. Además de los sermones y tratados teológicos que dieron fama a la Compañía, los jesuitas apostaron por pragmáticos medios intelectuales de aproximación al prosélito, no dudando en adaptar sus presupuestos ideológicos a fenómenos populares como la música y el teatro. Este último, de compleja estructura y fuerte carga moral, ha sido objeto de un concienzudo estudio multidisciplinar durante las últimas décadas, lo que permite acercarse de forma seria a sus particularidades<sup>54</sup>. Ya desde su origen, a mediados del siglo

<sup>53</sup> Para una mayor aproximación al papel de los escolares y novicios de la Compañía de Jesús dentro de la dramaturgia jesuita barroca, véase OLAIZOLA, R., “L’acteur-image ou l’élève des collèges jésuites dans la politique de l’image. Les festivités de 1622”, en CARLOS, M. C. de, et alii (Eds.), *La imagen religiosa en la Monarquía hispánica. Usos y espacios*, Madrid, 2008, pp. 119-133.

<sup>54</sup> La retórica, las imágenes y el contexto cultural del teatro jesuita son aspectos estudiados en el interesante artículo de FILIPPI, B., “Le théâtre des emblèmes. Rhétorique et scène jésuite”, *Diogenes*, 175 (julio-septiembre 1996), pp. 63-78. Para una visión de conjunto sobre el teatro jesuita de la Alta Modernidad española, aunque desactualizada, vid. GONZÁLEZ GUTIÉRREZ,

XVI, el teatro “de colegio”, puesto en escena principalmente por alumnos de escuelas y noviciados, demostró cierta homogeneidad en características formales y temáticas que pueden seguirse durante toda su existencia a través de una fluida circulación de textos por los colegios jesuitas dispersos por toda la geografía mundial<sup>55</sup>. Otro aspecto destacado es su carácter alegórico, tomando ideas y motivos de la historia y mitología grecorromanas, así como de episodios históricos del reino visigodo de Toledo, aunque su intencionalidad formativa generó límites para el mantenimiento de la *veritas* del pasado, viéndose la Historia afectada por cambios, supresiones de hechos o invenciones acordes a las necesidades de puesta en escena de la obra dramática.

En relación a los vínculos entre la historia política tardoantigua y la cultura barroca, ha de hacerse una breve alusión a una obra maestra de la dramaturgia jesuítica castellana, cuya temática, paradójicamente, no parte de un personaje o suceso helénico o latino, sino del mundo visigodo: la sublevación de Hermenegildo. La *Tragedia Divi Ermenegildi* (Sevilla, 1590), del padre Hernando de Ávila —autor de la mayor parte de la pieza— evoca los pormenores de la rebelión del príncipe católico Hermenegildo contra su padre, el rey Leovigildo, ferviente arriano aunque legítimo soberano<sup>56</sup>. Religión y *maiestas* se convierten en polos sobre los que se sustenta la acción dramática. Ambos elementos cobran especial importancia en el discurso ideológico jesuita, máxime en un periodo convulso para la Europa cristiana, en que bajo el amparo del credo religioso se habían movido las pasiones políticas, cuyo principal resultado fue la desestabilización interna y externa de la Monarquía de España (Flandes, Guerra de los Treinta Años, limpieza de sangre). Por ello, el padre Ávila configura una predicación “a los ojos” que conecta los dos conceptos sin dañar al poder temporal con el divino; en ningún momento se justifica la “tiranía” de Hermenegildo, suceso universalmente reprobado, si bien se defiende la causa católica como baluarte de la salvación del alma del vástago regio. El texto, en que se sacrifica la verdad histórica ante el contenido teatral, tendrá una enorme trascendencia *a posteriori*, influyendo en otras “tragedias” jesuíticas y en diversas

---

C., “El teatro en los colegios de jesuitas: bibliografía actualizada y comentada”, *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, 23 (1998), pp. 91-122. También puede consultarse la divulgativa exposición de GÓMEZ DÍEZ, F. J., “El teatro escolar, los exámenes públicos y las celebraciones: instrumentos educativos jesuitas”, *Comunicación y hombre*, 2 (2006), pp. 69-88.

<sup>55</sup> MOLINA SÁNCHEZ, M., “La edición de textos dramáticos jesuíticos: peculiaridades y problemas”, *Florentia iliberritana*, 19 (2008), pp. 221-240, en especial, pp. 222-227.

<sup>56</sup> Ha sido editada con aparato crítico en MENÉNDEZ PELÁEZ, J., *Los jesuitas y el teatro del Siglo de Oro*, Oviedo, 1995, pp. 135-374.

piezas dramáticas seculares, con lo que no se perdería nunca el recurso al pasado gótico para dar consistencia y trama argumental a obras literarias de éxito, caso de la tragicomedia de Lope de Vega intitulada *El postrer godo de España* (Madrid, 1617).

Volviendo a *Claudio pío, fuerte y fiel*, se encuentran en sus ideas dramáticas y en su retórica típicos elementos del teatro didáctico de la Compañía de Jesús. Las alegorías, la emblemática y la elección de la temática la convierten en una composición destinada tanto a ejercitar la retórica del noviciado bruselense, como a convertirse en un discurso político dirigido a la máxima autoridad de la gobernación de Flandes. Un *handicap* para la explicación de esta doble intencionalidad se halla en la falta de un autor en la edición impresa de *Claudio*. La causa de esta desaparición —consciente— del nombre del autor se encontraría en la concesión de una mayor importancia al argumento dentro de una pieza eminentemente divulgativa, minusvalorándose la implicación del compendizador o redactor en su ejercicio de escritura<sup>57</sup>. No obstante, a tenor de diversos elementos propios de la pieza y de su contexto intelectual, el autor de *Claudio pío, fuerte y fiel* puede ser determinado con alto grado de fiabilidad. Salvo contados errores tipográficos, parece evidente que su autor utilizaba el castellano como lengua materna o, en todo caso, sus rudimentos lingüísticos de ésta eran muy altos; además, el escritor conoce bien la tradición cronística hispana, desde las crónicas visigodas y medievales hasta Juan de Mariana. Por otro lado, los registros bibliográficos evidencian que las obras castellanas impresas para “consumo” autóctono en los mismos Países Bajos españoles (tanto en Amberes como en Bruselas) durante la década de 1660, no las destinadas a ser enviadas a España como pieza de venta en el mercado de libro peninsular, están firmadas por un autor jesuita español: el padre Francisco Xavier de Fresneda (1620-1692)<sup>58</sup>.

Nacido en la ciudad de Soria, Francisco Xavier era hijo del doctor Francisco de Fresneda y de doña María de Medrano, oriundos de Almazán. Pese al origen ilegítimo de su progenitor, Fresneda pudo entrar en el colegio jesuita de Monforte y en el noviciado de Villagarcía, donde se

<sup>57</sup> Esta opacidad de la autoría es común a otras obras jesuitas; *vid.* MOLINA SÁNCHEZ, M., “La edición de textos dramáticos jesuíticos...”, p. 223.

<sup>58</sup> Para ello se ha realizado una exhaustiva búsqueda en la base de datos del *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* (CCPB), volcada íntegramente en la red. Por desgracia, no se ha podido consultar el reciente y completo estudio de GORAN, P., *Het schooltoneel van de jezuiten in de Provincie Flandro-Belgica tijdens het ancien régime (1575-1773)*, Amberes, 2008, donde podría hacerse una mención más detenida de la producción literaria, en este caso teatral, del padre Fresneda.

formó en disciplinas humanísticas y teológicas (1636-1640)<sup>59</sup>. Profeso en la Compañía, se especializó en teología moral y ejerció como predicador durante más de cincuenta años en diversos centros jesuitas en España y Flandes<sup>60</sup>. En 1655 se dirigió a los Países Bajos católicos, sirviendo “en todos los ministerios de su instituto, asistiendo al gobernador de aquellos Países a los hospitales y soldados en campaña”<sup>61</sup>. Bien relacionado con la élite dirigente —el marqués de Caracena (de quien el jesuita era su confesor), el duque de York y el príncipe de Condé escribieron sendas cartas de recomendación a Felipe IV para que se le honrara con el cargo de predicador real<sup>62</sup>—, Fresneda también se dio a conocer como prolífico autor de sermones y oraciones fúnebres dedicadas a “todos los militares difuntos en las armadas de mar y tierras de estos Estados de Flandes”<sup>63</sup>, para los cuales creó una obra pía cuyo inicial patrón fue el gobernador de los Países Bajos, marqués de Caracena, sustituido en la dignidad por el mismísimo Felipe IV, quien mandaba a su lugarteniente en los Países Bajos “[que] diga a este religioso la gratitud con que Su Magestad queda de su zelo”<sup>64</sup>.

La actividad predicadora y literaria del padre Fresneda le hizo gozar de gran prestigio en los centros intelectuales de la Compañía de Jesús; fruto de ello son una “aprobación” de la edición bruselense de la traducción de las *Meditaciones de la vida de Jesuchristo* efectuada por el príncipe de Esquilache (Bruselas, 1661), así como una *Oración panegírica (...) del serenísimo señor Carlos segundo, duque de Lorena* (s. l., s. a.), cuyas características formales e ideológicas la vinculan directamente con *Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal*. Tras predicar en Chapelle Royal de Bruselas, el padre Fresneda regresó a Madrid, vía París, “con la salud perdida del clima

<sup>59</sup> Archivo General de Palacio (AGP), *Sección Personal*, caja 7724, expediente 10. Declaración del padre Antonio Cardeñoso, S. J. [Soria, 29-XI-1660], f. 35v.

<sup>60</sup> BACKER, A. y A. de, *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, VI serie, Lieja, 1861, pp. 160-161.

<sup>61</sup> AGP, *Sección Personal*, caja 7724, expediente 10. Memorial del padre Francisco Xavier de Fresneda a Felipe IV [Madrid, s. d., VII-1665].

<sup>62</sup> AGP, *Sección Personal*, caja 7724, expediente 10. Real decreto de Felipe IV al patriarca de las Indias [Madrid, 14-III-1660]. Pese a los consabidos problemas derivados de la ilegitimidad del doctor Francisco de Fresneda, fruto de una relación extramatrimonial de Matías de Fresneda, abuelo del jesuita, Felipe IV ordenaba “que se le den los gaxes de predicador de Su Magestad en Flandes, en la misma situación que los tuvieren los demás predicadores de Su Magestad allí”; Archivo Histórico Nacional (AHN), *Estado*, libro 234. Consulta y real decreto, 13-III-1660; consulta y real decreto, 6-IX-1661, s. f.

<sup>63</sup> FRESNEDA, F. X. de, *Sermón fúnebre en las exequias perpetuas por todos los militares difuntos en las armadas de mar y tierras de estos Estados de Flandes*, Bruselas, s. a. [c. 1660], s. f. Poco antes publicaba un notable *Sermón de la Purísima Concepción* (Bruselas, 1659).

<sup>64</sup> AHN, *Estado*, libro 234. Consulta y real decreto de 11-V-1662, s. f.

y trabajos de Flandes”<sup>65</sup>. Desde 1665, gracias a su impecable trayectoria pastoral e intelectual, el jesuita se alojó en el Colegio Imperial de Madrid, mientras proseguía con sus oficios religiosos en la Real Capilla de Madrid y en el Hospital de San Andrés de los Flamencos, en el que trabajó como administrador hospitalario hasta su muerte<sup>66</sup>. Activo defensor de la Inmaculada Concepción y del patronato de Santiago, sobre cuyos misterios elaboró sendos sermones, el padre Fresneda quedó encargado de la declamación de apologías de los ejércitos hispanos entre 1681 y 1691, las cuales, además de ser publicadas inmediatamente en varias oficinas tipográficas madrileñas, serían recopiladas con el título de *Sermones fúnebres militares* por Frutos Bartolomé de Olalla en 1693, sólo un año después del fallecimiento del insigne orador de la *Societas Iesu*.<sup>67</sup>

Vista la experiencia vital del jesuita Fresneda, puede entenderse con mayor acierto que éste redactara la obra didáctica *Claudio pío, fuerte y fiel*, destinada al noviciado donde había ejercido durante años su labor retórica, y que la temática elegida tuviese una determinada intencionalidad: la búsqueda del favor del gobernador de los Países Bajos católicos. Francisco de Moura y Corte-Real, marqués de Castelo Rodrigo, ha sido considerado como uno de los más reconocidos partidarios de la causa habsbúrgica entre la nobleza portuguesa del tiempo de la *Restauração*. A lo largo de las déca-

<sup>65</sup> AGP, *Sección Personal*, caja 7724, expediente 10. Memorial del padre Francisco Xavier de Fresneda a Mariana de Austria [Madrid, s. d., IV-1669]. Antes de llegar a la Corte se instaló temporalmente en el colegio de Valladolid, donde predicó un *Sermón al Gran Patriarca de la Iglesia, San Ignacio de Loiola*, que, como muchas de sus obras, se dio a la imprenta (Valladolid, 1664).

<sup>66</sup> En 1669, el general de los jesuitas, Giovanni Paolo Oliva, mandó orden “para que los huéspedes de este Collegio Imperial se vuelvan a sus provincias”, lo que provocó la queja del padre Fresneda, quien expresaba que “le quieren incluir en el número de los demás”, pese a su cargo de predicador real. No obstante, debió conseguir que la reina regente Mariana de Austria le mantuviera en sus honores en la Corte, pues él mismo se ofrecía a continuar en sus oficios “pagando sus alimentos y sirviendo como si no los pagara”. AGP, *Sección Personal*, caja 7724, expediente 10. Memorial del padre Francisco Xavier de Fresneda a Mariana de Austria [Madrid, s. d., IV-1669]. Sobre la presencia de Fresneda en el Hospital de San Andrés de los Flamencos, consúltese la documentación relativa al año 1688 en Archivo General de Simancas (AGS), *Estado. Negociación de Flandes*, legajo 3880.

<sup>67</sup> Unas referencias, a lo sumo curiosas, de la actividad predicadora de Fresneda se hallan en el diario del embajador imperial conde Pötting, quien informa de sendas visitas realizadas en 1666 a su casa por el jesuita castellano, una de ellas acompañado por el barón de Lisola, importantísimo agente diplomático de las dos ramas de los Hamburgo durante el tercer cuarto del Seiscientos; Pötting tilda al padre Fresneda de “sujeto muy insigne y plático en todo”, aunque esta primera impresión mudará a otra calificación mas llana: invitado el conde austriaco por el nuncio a los sermones cuaresmales de 1672 en el hospital de los Italianos, donde predicaría el padre Francisco Xavier en varias ocasiones, el diplomático le reconoce ahora como “suetto muy mediano [en] esta profesión del púlpito” y a sus prédicas las tacha de repletas de “mucho conchetos orinarios”; NIETO ORTUÑO, M.: (Ed.), *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*, 2 vols.; Madrid, 1990; las referencias se hallan en vol. I, pp. 208 y 214, vol. II, pp. 252 y 257.

das centrales del Seiscientos, Moura colaboró en la maquinaria política hispánica en diferentes cargos, desde sendos virreinos en Cerdeña, Cataluña y Flandes (en este último, con el título de gobernador general) hasta oficios diplomáticos en el Sacro Imperio y distintos servicios palatinos en la Corte madrileña<sup>68</sup>. Tras un breve gobierno en Cataluña (1663-1664), donde ejerció un marcado patronazgo sobre la Compañía de Jesús, fue enviado a Bruselas para reanudar la labor de consolidación de las fronteras con Francia y de dotación a los Países Bajos españoles de un ejército capaz de sostener los envites militares de Luis XIV<sup>69</sup>. La débil situación política de la Monarquía tras la firma de la Paz de los Pirineos (1659), más aún cuando todavía quedaba lastrado el conflicto con Portugal, marcó la actividad de Moura, viendo éste cómo en 1667 las tropas del Rey Sol realizaban un “paseo militar” en el sur de Flandes y de Walonia sin que las exiguas tropas hispanas pudieran batir a los invasores. Así las cosas, tras firma de la Paz de Aquisgrán (1668), Castelo Rodrigo regresó a Madrid, donde no perdió el favor regio, si bien, al contrario, accedió al Consejo de Estado y a la presidencia del Consejo de Flandes, dignidades que retuvo hasta su muerte en 1675. La estrella política de don Francisco, fiel y capacitado servidor de la Corona, era un factor que no debía ser desaprovechado por particulares o colectivos deseosos de ser promocionados o mantenidos en prerrogativas y mercedes<sup>70</sup>. Un ejemplo de esta praxis sociológica se halla en la representación del *Claudio pío, fuerte y fiel gobernador de Portugal* en el colegio jesuita de Bruselas, al poco tiempo de llegar a los Países Bajos el flamante gobernador Castelo Rodrigo.

La pieza se divide en tres actos “más un epílogo final”, dedicados cada uno de ellos a los elementos físico-morales que conformaban el espíritu de un prestigioso administrador visigótico: el *dux* Claudio de Lusitania<sup>71</sup>. Con un estilo barroco pero, debido a su finalidad didáctica, sencillo en estructuras lingüísticas y teatrales, *Claudio pío, fuerte y fiel* desarrolla conceptos tales como la piedad, la fuerza y la fidelidad, motes alegóricos que sustentan toda la acción dramática. Fresneda mantiene el desarrollo de ésta mediante un sencillo esquema de partes:

<sup>68</sup> Para el *cursus honorum* de Francisco de Moura, véase MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S., “Fineza, lealtad y zelo...”, *op. cit.*

<sup>69</sup> RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. J.: *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*, Madrid, 2007, pp. 95-99.

<sup>70</sup> Un interesante estudio sobre las vinculaciones sociopolíticas entre la *Societas Iesu* y los poderes seculares durante la Edad Moderna española se halla en el reciente estudio de LOZANO NAVARRRO, J. J.: *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid, 2005.

<sup>71</sup> Todas las referencias a la obra original se remiten a la edición incluida al final de la presente comunicación, que, como en el original, aparecen sin foliar. El volumen utilizado se encuentra en Biblioteca Nacional de España, V. E. / 102-18.



-*Argumento*.

-*Acto primero* (“Claudio pío”): escena primera; sainete alusivo; escena segunda, coro.

-*Acto segundo* (“Claudio fuerte”): escena primera; sainete alusivo; escena segunda; coro.

-*Acto tercero* (“Claudio fiel”): escena primera; sainete alusivo; coro.

-*Epílogo*.

El contenido de los tres actos se reduce en prosa en el inicial “Argumento”. El padre Fresneda adapta para esta representación jesuita distintos episodios de la vida del hispanorromano Claudio, con diversos grados de verosimilitud en la narración histórica. Siguiendo el orden de los sucesos, el autor narra los pormenores de la conjura arriana en Mérida contra el obispo católico Massona y su propia persona, para después continuar con su milagrosa victoria contra los arrianos (!) que destruían el reino godo, finalizando con un asunto completamente fabuloso, pues inserta a Claudio en la sedición de Gosvinda, hecho que no puede ser constatado en ninguna fuente cercana a los hechos. No obstante, siguiendo una tradición erudita propia de la producción literaria e historiográfica de la Modernidad, el jesuita incluye en este apartado una relación de las autoridades en que se basó para la redacción de la obra teatral. Además, Fresneda traduce un fragmento de la carta de San Gregorio Magno dirigida a Claudio, copiada de los *Annales Ecclesiastici* del cardenal Cesare Baronio, cuyo contenido político-religioso sirve para dar sentido a la elección de la temática.

La biografía del *dux* Claudio, más allá de la mera descripción de hechos, se adereza con múltiples efectos literarios y teatrales expresamente barrocos (emblemas, sainetes y coros) para entrelazar con la realidad histórica de mediados del Seiscientos. Así, observando la estructura de la obra, no queda duda del sentido filohabsbúrgico del trasunto histórico tomado por Fresneda: la vida del gobernador y militar hispanorromano y el contexto político de su tiempo no son sino una transposición temporal de los acontecimientos en que se hallaban inmersos tanto Francisco de Moura como su soberano y protector, Felipe IV.

“Claudio pío”, primer acto de la pieza, describe la famosa conjuración de la élite arriana de Mérida, sede de la administración provincial de Lusitania. Con la recepción de Claudio al obispo Massona, “que buelve de su destierro”, arranca la trama teatral, la cual continúa con la inmediata restauración de la sede católica emeritense frente a la herética del poderoso Sunna, prelado arriano de la ciudad, quien por ello “traza a los dos la muerte”; la descripción moral que del arriano ofrece Fresneda —hipocresía y maldad— se contrapone con la de Claudio, quien actúa movido por su

piEDAD para con la fe católica, no sólo restituyendo a los fieles ortodoxos su pastor, sino ofreciendo “su favor y amparo contra los arianos”. La *actio* dramática llega a su mayor expresión al representarse el fallido atentado de Witerico, gentilhombre del gobernador, contra su propio señor y el obispo Massona, si bien “prohibiendo la divina virtud [el asesinato], confiesa la maldad y declara ser Sunna el autor della”. El castigo del delito, de esta forma, queda expédito al poder civil, condenándose al obispo arriano y al secuaz Witerico a estrecha prisión<sup>72</sup>. En este primer apartado, el padre Fresneda toma como guión el emblema “Con la Religión se establezen y caen los reynos”. El providencialismo barroco, no estrictamente religioso, sino también de cariz político, teñía la concepción del buen gobernante y de la praxis política de buena parte de las monarquías europeas católicas o protestantes. La defensa efectuada por el *dux* Claudio a Massona, recién llegado del exilio, dotaba al primero de la protección divina, que se manifestó en la sedición ejecutada por un hombre de confianza de Claudio, el joven noble Witerico, quien *a posteriori* ascendería al solio regio tras eliminar a Liuva II. El ejemplo dado por el hispanorromano no hacía sino evidenciar un paralelo con el individuo a quien iba dirigida la obra teatral, el marqués de Castelo Rodrigo. En primer lugar, los Moura se habían mostrado partidarios de la represión de la sublevación bragancista de 1640, no dejando nunca de servir con lealtad a la Corona de los Austria; su lealtad política, como en toda la obra recuerda el autor, aquí se convierte en piedad religiosa, gozando por ello del amparo de la divinidad, a cuya protección se habría encomendado la Casa de Moura, como demuestra su patrocinio a la Iglesia católica. El pronóstico del jesuita Fresneda de que “assentada en tan firmísima basa [la piedad religiosa] perseverará largos siglos el estable lustre de su gloria” guarda directo paralelo a las loas y panegíricos dirigidos a don Francisco por los miembros del colegio jesuita de Cordellas (Barcelona) dos años antes, durante su efímero gobierno en Cataluña. A causa de la “muchedumbre de beneficios que de la generosa mano de V. E. han recibido los nobles colegiales deste colegio”, la Compañía se deshacía en elogios al aristócrata luso y a su progenitor, Manuel de Moura, cuyo patronazgo eclesiástico se encontraba glosado en el epígrafe *La virtud heredada*, de Monserrate Mora<sup>73</sup>. Ahora, en *Claudio pio, fuerte y fiel*, el coro

<sup>72</sup> No obstante, las crónicas visigóticas indican que Witerico no fue castigado por Claudio, siendo indultado al haber descubierto a tiempo la trama sediciosa; *vid. supra*.

<sup>73</sup> MORA, M., “La virtud heredada”, en VV. AA., *Panegírico en alabanza de los ilustrísimos y excelentísimos señores de la Casa y Nombre de Moura (...)*, Barcelona, 1663, pp. 33-39. Esta obra, según el testimonio de sus editores, iba dirigida en principio “sólo al púlpito o teatro de una fiesta literaria y de toda erudición”, si bien acabó imprimiéndose para difundir los textos compuestos en honor del virrey Castelo Rodrigo, como también ocurriría con la suelta de *Claudio*

de novicios jesuitas incidía de nuevo en el tópico piadoso, subrayando este posicionamiento religioso dentro de su actividad política en cuanto activo servidor de la Monarquía Católica.

Los sucesos relativos a la campaña de Claudio en la Septimania se convierten en el tema principal del segundo acto, titulado “Claudio fuerte”. La capacidad militar del gobernador lusitano le hace, en palabras de Fresneda, ser nombrado por Recaredo “general (...) contra los reboltosos arianos que, con ejército de sesenta mil hombres, destruyen el reino”. La identificación como arrianos a los enemigos del rey católico llama enormemente la atención al lector actual, pues en ninguna de las obras consultadas por el jesuita castellano se expresa tal naturaleza para aquellos que ponían en duda el poder del soberano gótico, antes bien se les reconoce como invasores francos que, por orden del rey Guntram y bajo mando del *dux* Bossón, iniciaron una nueva campaña contra las posiciones visigodas en la antigua Narbonense, aprovechando la frágil situación de Recaredo en la Corte toledana. La tergiversación de la identidad de los francos ha de ser entendida, en este caso, dentro de los parámetros de la “razón de Estado”: en 1659 se había puesto fin a la guerra hispano-francesa, y una de las cláusulas del tratado de los Pirineos sancionaba el matrimonio entre Luis XIV de Francia y la infanta española María Teresa de Austria, hija legítima de Felipe IV. Las tensas relaciones diplomáticas entre ambas potencias durante la década de 1660, evocada en más de una ocasión por el mismísimo Felipe IV a sus ministros, motivaron un abandono práctico de la propaganda antifrancesa que tantas y tan variadas obras había gestado durante las décadas anteriores<sup>74</sup>. Sumado a ello, y teniendo en cuenta el carácter providencialista de la pieza, en *Claudio* se inserta mejor la *destrucción* de España por los herejes que por parte de un rey francés católico, Guntram/Luis XIV, en la práctica, agresor de un piadoso soberano hispano, Recaredo/Felipe IV, defensor de la ortodoxia católica en su reino y fuera de él. Avanzando a la segunda escena, Fresneda vuelve a recordar el milagroso combate que enfrentara al *dux* Claudio con Bossón. Tal y como expresaran Mariana, Faria e Sousa y Saavedra en sus narra-

---

*pío, fuerte y fiel*. Aunque pueda parecer paradójico, en 1635 los jesuitas del colegio de Évora habían exaltado con sermones y loas a la Casa de Bragança, aprovechando la visita del duque dom João a la ciudad; estas obras jesuíticas, cuyos textos son muy similares a los dedicados a los Moura (basados en genealogías nobiliarias y en la piedad religiosa de los titulados), tuvieron una amplia difusión al calor de las corrientes de opinión política anti-filipina; FRANCO, J. E., *et alii*, *Vieira na literatura anti-jesuítica: séculos XVIII-XX*, Lisboa, 1997, p. 34, nota 30.

<sup>74</sup> La prudencia fue una de las máximas políticas llevadas a la práctica por los diplomáticos hispanos enviados a la Corte del Rey Sol; para más información, véase YETANO LAGUNA, I., *Relaciones entre España y Francia desde la Paz de los Pirineos (1659) hasta la Guerra de Devolución (1667): la embajada del marqués de la Fuente*, Madrid, 2009.

ciones de la batalla, el hispanorromano, “acompañado de solos trescientos soldados”, aniquilaba por completo a los enemigos, acontecimiento que, sin duda, debió reunir los mayores efectos visuales y dramáticos de las representaciones colegiales de la pieza. La fuerza y la pericia del “capitán león” y su “ejército de ciervos”, como describía metafóricamente el padre Fresneda en el emblema correspondiente a este episodio bélico, no hacía sombra a la “fortaleza militar” de la Casa de Moura, cuyo antepasado directo, Pedro Ruiz, había tomado heroicamente la fortaleza sarracena de Moura. La recurrencia a este motivo genealógico, tan codiciado en la memoria nobiliaria de la Alta Modernidad, tampoco pasó desapercibido para otros panegiristas de la Compañía de Jesús, caso de Juan Tora, cuya loa *Las glorias de un nombre ilustre* parece haber sido una de las lecturas de Francisco Xavier de Fresneda para la redacción de *Claudio pío, fuerte y fiel*<sup>75</sup>.

El último acto, más reducido en extensión (que no en alusiones propagandísticas), lleva el título de “Claudio fiel”. Si bien en anteriores pasajes el autor de la pieza se sirvió de ciertas licencias históricas para articular su mensaje político-religioso, en esta parte se desvirtúa completamente la realidad vital de Claudio de Mérida y de otras personalidades de la política gótica. En una única escena, Fresneda sitúa a la reina viuda Gosvinda, ferviente arriana y “rabiosa de la pérdida del ejército ariano”, encabezando una nueva sedición cortesana contra su hijastro, Recaredo. Debido a su alto rango, Gosvinda no duda en ofrecer el cetro real a Claudio, “en pago de la traición” hacia el legítimo soberano. No obstante, el fiel Claudio, haciendo gala de su inquebrantable lealtad a Recaredo, “persiste fortísimamente en la fee debida a su rey”, mostrándose merecedor, por tanto, de aquellos epítetos de San Gregorio Magno que se incluían en el “Argumento” inicial y en el mote alusivo incluido en el tercer acto: “Las desdichas comprueban la fidelidad”. La temática de esta tercera parte de *Claudio pío, fuerte y fiel* entronca directamente con la citada creación publicística que, al calor de la Guerra de *Restauração*, se estaba realizando por parte de intelectuales defensores de la causa habsbúrgica<sup>76</sup>. Los vínculos confesionales y políticos que ligaban a la *Societas Iesu* flamenca con los poderes supremos de la gobernación general de Flandes, nexo fundamental entre Bruselas y Madrid, hacían convenir la

<sup>75</sup> TORA, J.: “Las glorias de un nombre ilustre”, en VV. AA., *Panegírico en alabanza...*, pp. 1-7, en especial, pp. 2-3. El escritor catalán alude a Pedro Ruiz de Moura y sus hazañas a partir de la reseña biográfica escrita por el cronista Luis Cabrera de Córdoba en su *Historia de Felipe II*, también citada por Fresneda en una nota de su pieza teatral.

<sup>76</sup> Una excelente revisión del papel de confesionalismo y su aplicación dentro de la “razón de Estado”, con especial énfasis en la década de 1660, se encuentra en VIEJO YHARRASSARRY, J.: “Razón de Estado católica y Monarquía Hispánica”, *Revista de Estudios Políticos*, 104 (abril-junio 1999), pp. 233-244.

inclusión de este suceso falseado del pasado peninsular, máxime si el gobernador Castelo Rodrigo era de procedencia lusitana y había demostrado su fidelidad y servicio “constantísimamente a Sus Magestades Cathólicas”. El nuevo Claudio, Francisco de Moura, participaba de la lealtad al austriaco Recaredo, Felipe IV, haciendo caso omiso a cualquier intento de captación por parte de conjurados portugueses (*sive* heréticos arrianos), aunque ello supusiera la pérdida de mercedes, privilegios o, si fuera el caso, un *scep-tro* regio. La contraposición de Moura con otros epígonos aristocráticos de Portugal, caso de dom João de Bragança (el *tirano* portugués), que sí participaron en la secesión del reino luso en 1640, se hacía así más evidente<sup>77</sup>.

El “Epílogo” de *Claudio pío, fuerte y fiel*, pese a su brevedad, compendia el objetivo de la dramatización de esta pieza en la Bruselas de 1665. Hablar del *dux* Claudio, de su piadosa protección a la Iglesia católica, de la fortaleza militar ante los enemigos de su rey y de la fidelidad del hispanorromano para con el soberano legítimo, virtudes todas que se asimilaban al marqués de Castelo Rodrigo, no sólo promovía la adhesión del aristócrata portugués a la causa de la Compañía de Jesús, sino también puede considerarse como una reiteración de la vinculación mantenida entre los Países Bajos y Felipe IV. Utilizando las personificaciones y metáforas típicas del teatro religioso barroco, la alegoría de Flandes espera por gobernador a un “héroe pío, fuerte y fiel” enviado por el rey, hacia el cual saldrá al encuentro para mostrarle el favor y aplauso de las provincias belgas ante su nuevo gobierno. Por su parte, el recién llegado Castelo Rodrigo promete a sus gobernados “dicha y felicidad”, elementos que formaban parte de un renovado fenómeno pactista cuyas características teóricas subyacen asimismo en esta pequeña representación dramática. La adhesión al católico Felipe por parte de los Países Bajos, estructura fundamental en el entramado orgánico de la Monarquía de los Austrias, debía ser contraprestada con la defensa de las peculiaridades jurídicas y políticas flamencas. No obstante, la débil situación de la Corona hispánica ante la consolidación de Francia como nueva gran potencia continental impediría llevar a la práctica estas teóricas planificaciones barrocas<sup>78</sup>.

El mundo visigótico recreado por Fresneda parecía recuperar el espíritu de poder y de capacidad de acción de la Monarquía de España que le había alzado a la gloria y al dominio universal. No obstante, atendiendo a la realidad histórica

<sup>77</sup> Para una mayor reflexión sobre la articulación teórica del pensamiento prohabsbúrgico de los autores jesuitas, véase BURRIEZA SÁNCHEZ, J.: “La Compañía de Jesús y la defensa de la Monarquía Hispánica”, *Hispania Sacra*, LX/121 (enero-junio 2008), pp. 181-229.

<sup>78</sup> Como colofón a este apartado es preciso citar un ensayo fundamental (y pionero) para entender la actitud política e ideológica de la élite de la Monarquía de España ante la situación crítica que vivió ésta a mediados del siglo XVII: JOVER ZAMORA, J. M<sup>o</sup>: *1635: historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, 2003 [primera edición, Madrid, 1949].

de su momento, todo resultaba un mero juego de palabras: en 1667-1668, el marqués de Castelo Rodrigo, el esperado Claudio, se mostró incapaz de frenar las agresiones francesas en Flandes y Borgoña, a la par que se reconocía la independencia del Portugal de los Bragança (1668), mientras que años antes, al final del verano de 1665, fallecía en Madrid el Rey Planeta, Felipe IV, el príncipe católico que, como un renacido Recaredo, se había visto atacado por la herejía y la conspiración de sus vasallos. Cual símbolo del crepuscular estado de la Monarquía, los nuevos Claudio y Recaredo no lograron alcanzar el ansiado objetivo a que los había instado el padre Fresneda y, en suma, la propia Compañía de Jesús: el restablecimiento del poderío hispánico en el Norte y la victoria de la causa dinástica habsbúrgica en el reino de Portugal.

*Conclusiones: Claudio de Mérida, de la historiografía/literatura barroca a la historia crítica de los novatores.*

La historia particular del *dux* Claudio de Mérida, más allá de un asunto menor inserto en las crónicas sobre los reyes godos o de las historias eclesiásticas hispanas, se constituye en una pieza de suma importancia en la gestación de la memoria política del pasado de España, a la par que constituye un tema proclive a su utilización propagandística en las luchas de panfletos y tratados que corría pareja al sonido de las armas entre Castilla, Francia y Portugal en el segundo tercio del siglo XVII.

Las visiones más fieles a las fuentes tardoantiguas, caso de las goticistas-providencialistas de Juan de Mariana y Diego Saavedra Fajardo, reflejan la idoneidad de la figura del administrador hispanorromano en el plano de la construcción imaginaria del valiente servidor de la Corona. Claudio, poseedor de sobresalientes prendas políticas, había sido puesto a prueba en las más diversas situaciones, desde una conjuración arriana hasta una invasión franca en los límites del *Regnum Gothorum*, sin que las adversidades supusieran una merma en su fuerza, inteligencia y lealtad a su católico soberano. La hábil utilización de referencias cronísticas y documentales por ambos autores hacía difícil sobrepasar la calidad historiográfica y mensaje ideológico insertos en sus obras, si bien todavía existía cierto margen para la creatividad literaria. La cita de Manuel de Faria e Sousa, con sus particularidades y errores, denota el aprovechamiento de la obra del jesuita castellano en la defensa de las glorias portuguesas previamente a la sublevación lusa de 1640, mientras la obra teatral del padre Francisco Xavier de Fresneda tergiversaba los acontecimientos históricos en favor de un programa publicístico destinado a asimilar el pasado visigodo con el presente en la Monarquía Católica. La piedad, fortaleza

y fidelidad del lusitano Claudio también eran compartidas por el portugués Francisco de Moura, mientras los peligros a los que se enfrentaba Recaredo no eran sino un trasunto de la problemática política del reinado de Felipe IV.

La firma de los tratados de Lisboa y Aquisgrán (1668) sellaban el destino de la Corona hispánica, reconociendo la reina viuda Mariana de Austria la independencia de Portugal y la preponderancia francesa en los frentes de batalla europeos. Para entonces se había disipado la esperanza de que esta nueva Monarquía gótica se sobrepusiera de sus desgracias y resurgiera de sus cenizas. La vida del *dux* Claudio no volvería a gozar de la importancia política que había tenido hasta entonces. Todo volvía a su prístino lugar de origen: la historiografía.

Dentro de su póstumo tratado *Annales de la Monarchia de España*, el cronista y publicista aragonés Joseph de Pellicer incluía una fabulosa genealogía sobre la descendencia del *dux* Claudio. El hispanorromano, “duque de Lusitania, capitán general del rey Recaredo, duque del Bierço i fundador del monasterio de San Claudio de León”, habría casado con Gilsona, hija del rey Agila, teniendo una dorada prole: sus supuestos hijos, el *dux* Emeterio (padre del rey Wamba), el santo obispo Fructuoso y el *comes* Odoagrio (camarero mayor de Chindasvinto y padre del rey Égica y de Recimiro, “gran señor del Bierço, i fundador de la antiquísima Casa de Villamayor en Galicia”) lograrían promocionar su linaje a los más altos puestos de la Corte y la Iglesia góticas. No obstante de su minuciosidad, el mítico linaje basado en las falsas *Actas de San Fructuoso*, posiblemente escritas al calor de la aparición de falsos *chronicones*, no requiere mayor credibilidad para la crítica actual<sup>79</sup>. Poco antes de que saliera a la luz el tratado de Pellicer, el abate Bernardo Giustiniani, caballero de la Orden de San Jorge y prolífico cronista veneciano de finales del siglo XVII, resumía en su apología de la Monarquía Católica los sucesos políticos del reinado de Recaredo, aludiendo directamente al *dux* Claudio:

*Col mezo del Duca Claudio suo Capitano, distrusse le congiure ordite da Sunna Vescovo Arriano, nella Città di Merida. Vinse con la direzione dello stesso l'Essercito de'Francesi, che in numero di sessanta mila l'anno 588, s'avviarono sotto il comando di Boso, quindi à comessi da Claudio, con pochissimi combattenti, sotto la Città prenarrata di Carcasona, fece d'essi lagrimabile stragge*<sup>80</sup>.

<sup>79</sup> PELLICER DE OSSAU, J. de: *Annales de la Monarchia de España después de su pérdida*, Madrid, 1681, p. 219 (la cursiva es nuestra).

<sup>80</sup> GIUSTINIANI, B.: *Historia generale della Monarchia Spagnola antica e moderna*, Venecia, 1674, p. 84.

La imagen de Claudio de Mérida acabó formando parte de la crítica historiográfica que, desde el último tercio del Seiscentos, estaba generando una nueva forma de enfrentarse a los sucesos del pasado histórico de España. La historia de los *novatores*, prolífica y de marcado carácter racionalista, mantuvo el empeño de concebir su materia de estudio con un “estatuto científico”, de influencia cartesianista, maurina y bollandista, expurgando de errores y equívocos los hechos pretéritos de España y sus pobladores<sup>81</sup>. La erudición crítica Gaspar Ibáñez de Segovia, marqués de Mondéjar, Nicolás Antonio o Juan Lucas Cortés, paladines de la innovación en el campo historiográfico, tendría su colofón en las aportaciones de un discípulo y colaborador de Mondéjar: Juan de Ferreras.

Bajo la premisa de que es “la verdad el alma de la historia”, el sacerdote leonés Ferreras redactó una monumental *Synopsis Histórica Chronológica de España*, también llamada *Historia de España*, en 16 tomos. La obra, que renovó la cronística deudora de Mariana, se apoyaba en un imponente material de archivo y biblioteca que fijó de forma fidedigna la cronología peninsular y marcó un patrón de análisis sobre las historias de España que, pese a la oposición de ciertos intelectuales castellanos, se mantuvo vigente durante todo el siglo XVIII<sup>82</sup>.

En su estudio sobre el reino visigodo de Toledo, inserto en el volumen tercero de la *Synopsis*, Ferreras analizó pormenorizadamente los inquietos años iniciales del reinado de Recaredo haciendo especial énfasis en los hechos protagonizados por el *dux* Claudio, desde su gobierno provincial en Mérida hasta sus campañas en la Septimania, aunque el protagonismo que éste había tenido en obras anteriores se pierde en favor de la continuidad de la narración histórica. Para ello, Juan de Ferreras utilizaría fuentes bien conocidas, como el *Chronicon* de Juan de Biclario, la *Vita Patrum Emeritensium* y las crónicas de Gregorio de Tours y San Isidoro, cuyos testimonios son objeto de una crítica aguda, tal y como se observa en el episodio de la victoria de Claudio y “las compañías de sus guardias, que eran trecientos hombres de summo valor (...) cosa que se hace increíble a los hombres de juicio, si Dios no concurrió para semejante triumpho con algún milagro, y lo que se debe tener por cierto es, que siendo mucho menor el ejército de los godos en gente, derrotaron enteramente el de los francos, matando y haciendo prisioneros la mayor parte de él”<sup>83</sup>. El interés por narrar la historia

<sup>81</sup> REY CASTELAO, O.: “El peso de la herencia: la influencia de los modelos en la historiografía barroca”, *Pedralbes*, 27 (2007), pp. 35-58.

<sup>82</sup> STIFFONI, G.: *Verità della storia...*, pp. 164-169.

<sup>83</sup> FERRERAS, J. de: *Historia de España*, tomo III, Madrid, 1716, p. 264; las referencias a Claudio se encuentran en pp. 259-264, 277-278.



de una manera objetiva lleva a Ferreras a dejar de lado sus aportaciones personales o una mayor introspección en la psicología del biografiado, sacrificando la tradicional interacción autor-texto para reseñar únicamente el hecho constatado por el documento; sólo una hipótesis lanzada por Ferreras, consistente en que Claudio, “privado de el rey Recaredo”, al igual que recibió una laudatoria epístola del papa Gregorio Magno, podría haber enviado “alguna ofrenda a el príncipe de los apóstoles, y que esse fue el motivo de escribirle”, podría alterar esta aseveración<sup>84</sup>.

El triunfo definitivo de la crítica y la razón en la historiografía del siglo XVIII ponía un punto y aparte en la reconstrucción del pasado visigótico. La coexistencia entre una historia *racionalista* y una historia *fabulosa* empezaba a romperse en favor de la primera<sup>85</sup>; la fundación de la Real Academia de la Historia y el desarrollo de nuevos proyectos historiográficos y arqueológicos dotaron de una base *científica* a la indagación sobre los orígenes de España. Desde entonces, primero durante la Ilustración y después en el tiempo del positivismo decimonónico, Claudio, Recaredo y otras personalidades fundamentales para comprender la historia del reino visigodo de Toledo serían estudiados en su propio contexto, sirviendo sus vidas y actos para dar un definitivo impulso a la investigación sobre la teoría y práctica políticas de este periodo terminal de la Antigüedad hispana.

<sup>84</sup> FERRERAS, J. de: *Historia de España*, tomo III, pp. 277-278.

<sup>85</sup> No obstante, valga recordar cómo después de la aparición de la fidedigna interpretación historiográfica de Ferreras todavía pervivió cierta tradición falsaria relativa al heroico Claudio de Mérida; un ejemplo se encuentra en la “fabulosa” obra de Huerta y Vega, quien, tras narrar en un estilo legendario los sucesos en que se involucró Claudio tanto en Mérida como en Carcassonne, incluso afirmaba que en el año 624 “murió el Duque Claudio de Mérida, ilustre honor de Galicia”; HUERTA Y VEGA, F. X. de: *Anales de el Reyno de Galicia*, tomo II, Santiago, 1733, s. f.

CLAUDIO PÍO, FUERTE Y FIEL GOVERNADOR DE PORTUGAL, EN  
NOMBRE DEL CATHÓLICO RECAREDO, REY DE ESPAÑA.

*Dedicase al ilustríssimo y excelentíssimo señor don Francis-  
co de Moura y Corte-Real, grande de España, marqués de Cas-  
tel-Rodrigo, conde de Lumiares, &c., señor de la Tierra Nueva,  
governador y capitán general perpetuo de las Islas Terceras, San  
Jorge, Fayal y Pico, commendador mayor de la Orden de Chris-  
to, gentilhombre de la Cámara del rey y de su Consejo de Estado,  
governador y capitán general de Flandes, Borgoña y Carolois.*

Representánle los estudiantes del Colegio de la Compañía de Jesús en  
Brusselas, a los 25, 26, 27 y 28 de febrero de 1665.

En Brusselas, en casa de la viuda de Guilielmo Hacquebaud.

ARGUMENTO

Claudio (*de la antiqua stirpe de los romanos*) gobernando el Reyno de Portugal por Recaredo primero, rey cathólico de España, puso grandíssima diligencia en extirpar la secta de Ario, y entre otros obispos desterrados, restituyó a los emeritenses su famoso y cathólico arzobispo Mausona, expeliendo de la sede a Sunna, also prelado ariano, y le defendió, con manifiesto peligro de su vida, de la violencia del expelido, y de la fuerza de otros nobles que conspiravan con él. Juntando los arianos un poderoso ejército, comienzan a destruir a España; mas embiando Recaredo contra ellos a Claudio, con solos trescientos valientes soldados, ayudado de Dios y de su justa causa, ahuyentó, prendió y mató sesenta mil de los enemigos. Gosvinda, madrastra de Recaredo, viuda del rey Levigildo, muger obstinadíssima en la heregía de Ario, indignada contra su alnado, por haver abraçado la religión cathólica, conjura contra él con todos los grandes del reyno, y offreciendo a Claudio la sucessión dél, le procura atraher a su bando. Pero el generoso Claudio, ni movido de las promesas, ni attónico de las amenazas, entre los varios tumultos del reyno, quedó siempre fidelíssimo a su rey. Y por esta singular virtud mereció aquella honorífica alabanza de Gregorio Magno, summo pontífice, que el cardenal Baronio infiere en sus Anales, en el año de Christo de 591, dándole los mismos títulos que aquí le havemos declarado. Lo extracto de las cartas de Gregorio Magno quede aquí por tropheo de un varón tan FIEL a su rey, y FUERTE contra sus enemigos, y lo que excede a todo, PÍO, en gran manera para con Dios. Y luego añade, de la Epístola 125 del mismo Gregorio, estas palabras: Grande es la fama

de vuestra alabanza, que publica con gloria vuestra, quan cuydadosamente assistís al servicio del excelente rey de los godos, &c. *Sacóse esto de los escritos de los santos Gregorio Magno e Ysidoro, y de Lucas Tudense, Juan Abad Biclariense, Mariana, Baronio, y otros.*

\*\*\*

*ACTO PRIMERO. CLAUDIO PÍO.*

*Scena primera.*

Recibe *Claudio* cortes, y benignamente al arzobispo *Mausona*, que buelve de su destierro; le restituye a su Iglesia y le ofreze su favor y amparo contra los arianos; y el expulso obispo ariano *Sunna* traza a los dos la muerte.

*SAYNETE ALUSIVO.*

Con la Religión se establezen y caen los reynos.

*Scena segunda.*

Mientras *Sunna*, con fingidas muestras de amor, saluda a *Mausona* y a *Claudio*, *Witerico*, gentilhombre de *Claudio*, inducido por *Sunna*, se dispone a matar a su señor y al obispo. Pero prohibiendo la divina virtud, confiesa la maldad y declara ser *Sunna* el autor della, y por mandado de *Claudio* son puestos ambos en estrecha prisión.

*CHORO.*

Publica la gran piedad de la ilustríssima y excelentíssima Casa y Familia de MOURA, y la pronostica que, assentada en tan firmíssima basa, perseverará largos siglos el estable lustre de su gloria.

\*\*\*

*ACTO SEGUNDO. CLAUDIO FUERTE.*

*Scena primera.*

*Recaredo* manda levantar gente de guerra, y haze a *Claudio* general della contra los reboltosos arianos, que con ejército de sesenta mil hombres, destruyen el reyno.

*SAYNETE ALUSIVO.*

Más vale un ejército de ciervos con capitán león, que uno de leones con capitán ciervo.

*Scena segunda.*

*Claudio*, acompañado de solos trescientos soldados, destruye y vence los numerosos esquadrones de sus enemigos.

*CHORO.*

Declara la fortaleza militar de la excelentísima prosapia y celebra el ilustre sobrenombre DE MOURA, inducido en la familia por el fortísimo héroe, el señor don Pedro Ruíz<sup>86\*</sup>, expugnador de la inexpugnable fortaleza DE MOURA contra saracenos.

\*\*\*

*ACTO TERCERO. CLAUDIO FIEL.*

*Scena primera.*

La reyna *Gosvinda*, rabiosa de la pérdida del ejército ariano, solicita los magnates contra *Recaredo*, y principalmente a *Claudio*, ofreciéndole el sceptro en pago de la traición; pero él persiste fortísimamente en la fee debida a su rey.

*SAYNETE ALUSIVO.*

Las desdichas comprueban la fidelidad.

*CHORO.*

Ensalza la fidelidad con que los excelentísimos señores de la Casa de MOURA sirvieron siempre constantísimamente a Sus Magestades Cathólicas.

\*\*\*

---

<sup>86</sup> \* Nota al margen: *Luis Cabrera de Córdo[v]a en la Vida de Felipe II.*

*Epílogo.*

*Flandes*, esperando con ansias su nuevo gobernador, entiende que Su Magestad fue servido de destinarla un héroe pío, fuerte y fiel, de la excelentísima Estirpe de MOURA, a cuyo encuentro, disponiéndose, vee el genio del EXCELENTÍSSIMO SEÑOR MARQUÉS, y le recibe con alegrísimo applauso de todas las provincias, y él la promete dicha y felicidad.

*Para mayor gloria de Dios.*